FRANCISCO VILLAESPESA

LAS GARRAS DE LA PANTERA

NOVELA

LAS GARRAS DE LA PANTERA

OBRAS DE VILLAESPESA

POESÍA

Intimidades.
Flores de almendro.
Luchas.
Confidencias.
La copa del Rey de Thule.
El alto de los bohemios.
Rapsodias.
Las canciones del camino.
Tristitiæ Rerum
Carmen.
El Patio de los Arrayanes.
Viaje sentimental.
El mirador de Lindaraza.
Palabras antiguas.
El libro de Job.
El jardín de las Quimeras.
Las horas que pasan.
Saudades.
In memoriam.
Bajo la lluvia.
Torre de marfil
Andalucía.
Los romances del crepúsculo.
El espejo encantado.
Collares rotos.
Los panales de oro.
El balcón de Verona.
Jardines de plata.
El libro de los sonetos.

PROSA

El milagro de las rosas.
El último Abderramán.
La venganza de Aischa.
Zarza florida.
Breviario de amor.
Vida y Arte:
I Julio Herrera Reissig.
Las granadas de rubíes.
Fiesta de Poesía.
Las garras de la pantera.

TEATRO

El Alcázar de las Perlas (tragedia árabe en cuatro actos y en verso).
Doña María de Padilla (drama histórico en cuatro actos y en verso).
El Rey Galaor (tragedia en tres actos y en verso, inspirada en un poema de Eugenio de Castro).
Ensueño de una noche de Invierno (poema lírico en tres cuadros y en verso, música de Ramón M. Montilla).
Un nocturno de Chopin (comedia romántica en un acto y en prosa).
El ídolo roto (comedia en un acto y en prosa).

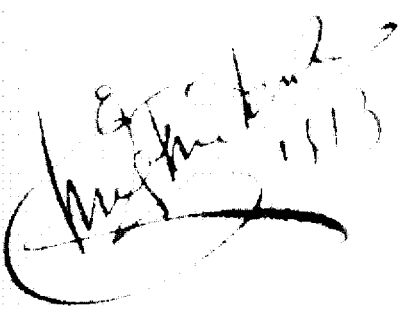
TRADUCCIONES

La Gioconda (de Gabriel D'Annunzio).
La Cena de los Cardenales (de Julio Dantos).
Don Beltrán de Figueroa (de Julio Dantos).
Rosas de todo el año (de Julio Dantos).
Dolor Supremo (de Marcelino Mesquita).

R-73043

FRANCISCO VILLAESPESA

Las garras de la pantera



MCMXII

MADRID. IMPRENTA HELÉNICA.
PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3.

ES PROPIEDAD

Almanzur era Schaij de la tribu de los Beni-Musas, la más aguerrida y numerosa de cuantas pastaban sus rebaños en las secas llanuras del Oriente del Hedchiar, más allá de los altos muros y de los fértiles valles de Medinat-Nevi, la ciudad santa que guarda religiosamente las cenizas del Profeta.

Descendía de una de las más nobles familias del Islam.

Su abuelo, Omar ben Wahid, el Zarahita, había sido uno de los primeros y más fieles discípulos de Mahoma, y en la famosa derrota

de Ohod sostuvo entre sus brazos el cuerpo del Profeta, cuando éste, herido de una certera pedrada en la frente, se desplomó ensangrentado de su corcel.

Su padre, Noseir ben Omar, tomó parte en la rendición de Damasco y en todas las cruentas campañas contra los cristianos de Constantinopla, bajo los gloriosos Califatos de Abu-Berk, Omar y Alí.

El mismo Almanzur había hecho su algihed en el Egipto y en el Africa, á las órdenes de Okba, asistiendo á la fundación de la célebre ciudad de Cairuam, y acompañando á su pariente Muza ben Noseir á la conquista de España. Regresó de estas expediciones cubierto de gloria y de cicatrices, y los ancianos de su tribu le nombraron su Schaij.

Por todo el desierto se extendió bien pronto su fama de hombre justo, y á su tienda venían, á dirimir sus cuestiones, los hombres de los más lejanos países.

Era fuerte, alto y magnánimo.

Jamás su boca pronunció una sentencia que no estuviese ajustada á los más sabios preceptos de la ley koránica, ni su brazo dejó de prestar apoyo á los desvalidos.

Imposibilitado por el peso de sus noventa años de comandar á sus guerreros, confió esta misión á su único hijo, Muhamed, que por sus hazañas llamaban el Assadi.

Almanzur, como todo buen hijo del desier to, amaba la poesía sobre todas las cosas.

Sentado á la puerta de su tienda, gustaba oir, á la luz de los astros, las maravillosas relaciones de aquellas siete kasidas que bordadas en oro sobre un manto de seda negra, la admiración y la piedad de las gentes habían suspendido en los muros sagrados del templo de la Kaaba.

Una noche en que rodeado de los principales de su tribu adormecía su alma con el encanto de una de estas narraciones, llegaron á su aduar, tendidos como arcos sobre sus corceles, sudorosos y jadeantes, unos pastores, y,

descabalgando junto á su tienda, le dijeron, con la voz trémula aún de emoción:

—La gloria de Dios caiga sobre tu frente, Almanzur. ¡El profeta nos protege! Una caravana, tan extensa que se pierde de vista en los arenales atravesará mañana, á la caída de la tarde, los abruptos desfiladeros de Absub. Nosotros la hemos visto desfilar mientras los rebaños sesteaban á la sombra de las palmeras de la cisterna de Amhed.

Centenares de camellos se derrengan bajo el peso de ricos cargamentos de ébano, tapices, armas, plata, oro, joyas, perfumes y especierías de Saba, Ahsa y de las maravillosas regiones del Hàdramaut.

Trescientos jinetes armados las custodian. ¿Pero qué son trescientos jinetes armados para los Beni-Musas, los más duros en el combate y los más generosos en la victoria?

Nuestros corceles no conocen la fatiga ni la sed.

Nuestros brazos son ágiles y fuertes. Saben

traspasar con un venablo á los más veloces avestruces, desjarretan á un toro salvaje y son capaces de desguijar al león más potente.

Almanzur, Dios ha puesto al alcance de nuestras manos la felicidad... ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Un sordo murmullo de aprobación acogió las palabras de los pastores. En todas las pupilas fulguró la codicia. Hasta el poeta abandonó su guzla, y se acercó, trémulo de emoción, al grupo. Almanzur irguió su patriarcal figura, é imponiendo silencio con un gesto lleno de majestad y de nobleza, dijo, clara y lentamente, como habla la sabiduría y la experiencia, mientras sus dedos, largos y huesosos, acariciaban los blancos mechones de su barba venerable:

— No conviene derramar estérilmente la sangre humana. Sólo en servicio de Dios se debe prodigar. ¿Por ventura no existen aún en tierras del Islam gentes paganas á quienes debemos exterminar?

La codicia es la más irresistible de las tentaciones. Ella nos desvía del camino de Dios.

¿Acaso valen esas riquezas y aun todos los tesoros de la tierra lo que una sola gota de sangre de los Beni-Musas?

Y su voz resonaba en el silencio de la noche, bajo el polvo de plata de los astros, con una austera solemnidad profética.

—¡Almanzur, padre mío, en el nombre de Dios, escúchame!—exclamó respetuosamente su hijo Muhamed el Assadi, aproximándosele.

—Todos reconocemos y reverenciamos la verdad profunda que encierran tus palabras. Pero fíjate en el estado lamentable de la tribu. Las últimas guerras nos han empobrecido hasta el extremo de no haber podido contribuir á la construcción de la nueva mezquita que ha de encerrar los restos venerados del Profeta.

La sequía agosta nuestros campos y la peste diezma nuestros rebaños. El hambre ha hecho su aparición entre nosotros... y esa caravana,

que la voluntad del Señor pone al alcance de nuestra bravura, puede ser la salvación de la tribu.

—Sí, padre mío—insistió Muhamed—: la necesidad nos apremia.

Dios nos depara esta ocasión para salvarnos de la miseria en que vivimos. Desaprovecharla sería tanto como renunciar á sus beneficios.

Todos asintieron, con un leve movimiento de cabeza, á las palabras del Assadi.

Almanzur quedóse perplejo un instante. Las arrugas de su frente se contrajeron en el esfuerzo de la meditación.

Los guerreros aguardaban, inmóviles y mudos de ansiedad, la decisión del noble y sabio Schaij.

Por fin éste murmuró gravemente, levantando los brazos al cielo, como el que se decide, contra su íntima voluntad, á quebrantar un voto:

—No quiero oponerme á vuestros designios, que acaso sean también los designios de

Dios, ¡Cúmplase su voluntad! Sólo lamento que el agobio de los años y estas viejas cicatrices recién abiertas, me impiden conduciros, como tantas veces, á la victoria.

Mi hijo Muhamed conducirá las huestes.

Id á prepararos para la jornada. Sed esforzados en el combate y magnánimos con los vencidos. Respetad á los niños, á las mujeres, á los ancianos y á los solitarios que sólo viven con Dios.

Guardad siempre la hospitalidad, que es, ha sido y será la más gloriosa herencia de nuestra raza.

Los jóvenes partieron veloces á limpiar sus armas y enjaezar sus corceles.

Todo el aduar se sintió profundamente estremecido por aquel entusiasmo bélico.

En todas partes resonaban órdenes; corrían los esclavos á preparar el pienso de las caballerías, ó cosían, bajo la luna, las correas de las monturas y de los arneses.

Las mujeres iban y venían, haciendo brillar

bajo los astros las monedas de oro que adornaban sus cabellos. Bajo los velos mal ceñidos resplandecían, á veces, los diamantes obscuros de sus ojos voraces.

Los poetas, en medio de un círculo de guerreros, exaltaban las épicas aventuras de Antar, los combates sangrientos y el amor á la gloria y á la guerra.

Los mastines ladraban, alegres, en torno de sus dueños, agitando sus colas y haciendo resonar sus carlancas puntiagudas, y los camellos, arrodillados en las estacadas, estiraban, sorprendidos, sus largos cuellos, al son argentino de sus collares de cascabeles.

Sólo el viejo Almanzur, reclinado sobre un amplio tapiz de Siria, en la puerta de su tienda, permanecía inmóvil y silencioso, como abstraído en la más profunda de las meditaciones.

Entre sus manos sarmentosas se doraban, á la luz de la luna, las cuentas de ámbar de un largo rosario.

Antes de la oración del alba, á los últimos rayos de la luna, partió la hueste. Eran doscientos jinetes, capaces de recorrer dos jornadas sin sentir fatiga ni sed.

Salieron en grupos, entre gritos de júbilo y exclamaciones de entusiasmo, agitando en el aire sus arcos, sus largas lanzas, ó golpeando con sus corvos alfanjes los escudos.

Al salir de las últimas tiendas, abandonaron las bridas sobre el cuello de las ágiles yeguas, picaron espuelas y se abrieron en semicírculo, perdiéndose á lo largo del desierto, entre nubes de polvo plateado, como una tempestad de hierro y de jaiques flotantes.

Los niños y las mujeres los despedían, agitando los brazos, desde las últimas empalizadas.

Algunos mastines, erizados los lomos, en un esfuerzo supremo rompieron sus amarras, y ladrando, tendidos como arcos, con las colas rectas como timones se escaparon veloces tras sus dueños.

El viejo Almanzur los contempló partir desde la puerta de su tienda, acariciando suavemente sus largas barbas de lino, y mirando con rencor sus piernas ulceradas donde las antiguas heridas se habían abierto en un florecer glorioso de rosas de sangre.

II

Habíanse terminado las faenas del Mediodía.

Un sol de asfixia llameaba en el horizonte.

Los camellos dormitaban de modorra, arrodillados al pie de las empalizadas, con los largos cuellos tendidos sobre la arena.

En torno de las tiendas, bajo los linos de los toldos, jugueteaban las gacelas domésticas. Dando rápidos saltos y alargando sus finos cuellos gráciles refregaban sus cabezas en los flancos de las mujeres y lamían las manos de los niños.

Los esclavos acababan de moler el trigo, con grandes mazos de madera, sobre las amplias piedras bruñidas.

En las puertas, bajo los arnafes, humeaban las últimas brasas de la comida.

En algunas tiendas se oían voces soñolientas que embalaban las cunas ó vibraban las guzlas acompañando viejas canciones de amor y de guerra.

Y en todo ardía gloriosamente el fuego del sol, reverberando en los metales y arrancando fugitivos relámpagos de fiebre de los grandes ojos tímidos de las gacelas y de las mujeres.

En la tienda de Almanzur reinaba el silencio. Era una tienda amplia y cónica, alzada sobre secos y rugosos troncos de palmera, cubierta de pieles de leones, colchas y sedas multicolores y tapices bordados.

En la penumbra centelleaban los reflejos acerados de las armas y de los arneses.

Sobre una amplia y casi mórbida alcatifa

persa, reclinada en muelles almohadones de Damasco, bordados en perlas, reposaba Aischa, la núbil belleza salvaje que encierra en la inmensidad nocturna de sus ojos todos los misterios y las fascinaciones del desierto, y cuyos miembros tensos, fuertes y ágiles evocan la precisión y la gracia de las armas mortales, los bellos arcos de Beit el Faki, y las vibrantes y sutiles flechas de Mareb.

Por el casktan de tisú verde y plata, desabrochado desde la cintura parecían estallar los senos como magnolias de bronce, y al ritmo fatigoso de su respiración se hinchaba su garganta como el cuello de las palomas torcaces que se arrullan á la margen de los arroyos entre los tamarindos y los naranjos del valle de Nedcheran.

Los dedos de sus pies desnudos resplandecían de anillos y sortijas, los tobillos de ajorcas, las muñecas de brazaletes y los cabellos de dinhares.

Sobre el mórbido pecho moreno, que evo-

caba el de la Sulammita de los cantares de Salomón, temblaba, sujeta por gruesos hilos entrelazados de perlas y corales, la mano del Profeta, toscamente tallada en una fina lámina de plata, el maravilloso amuleto que porta la felicidad y que libra del mal de ojo, de todas las enfermedades de la carne y de las malas tentaciones del espíritu.

A su lado yacía Almanzur, grave y solemne, sobre los tapices, inmóvil, como en un éxtasis.

El calor era asfixiante á pesar de las triples cortinas de palma y juncos tejidos que protegían del sol el arco de la entrada.

El aire estaba cargado de un fuerte perfume de sándalo, áloe y benjuí.

Aischa se revolvía intranquila en su lecho, como agitada por un vago y doloroso presentimiento.

A veces se levantaba violentamente, haciendo resonar con un tintineo armonioso el oro de sus joyas.

Se dirigía ágil y silenciosa á la puerta; alzaba cautelosamente las cortinas y, con las manos sobre las cejas para atemperar las violencias de la luz, escudriñaba el horizonte, hasta que, fatigada, volvía á reclinarse sobre los cojines, pálida como una muerta.

Almanzur, como quien sale de un éxtasis, la interrogó: primero, con sus hondos ojos escrutadores, ojos que parecían venir del más allá de las cosas; y después con voz paternal y tranquila como el claro hilo de agua que fecunda y fertiliza los oasis, murmuró quedamente:

— Aischa, hija mía, ¿qué agitación te posee? ¿Qué intranquilidad se adueña de ti, tan intensa, que no te deja reposar?

La voz de Aischa le repuso, atropelladamente, como si se le escapasen de súbito con las palabras todos los sufrimientos acumulados en su espíritu:

— No puedo descansar... La imagen de Muhamed, tu único hijo y el esposo querido de

mi alma, no se aparta jamás de mis ojos. Parece como que me llama en el silencio, como si sus brazos se tendiesen á mí, implorando socorro. No sé por qué me produce espanto y siento temor por él en esta jornada. Al partir, cuando mi mano le sirvió de estribo para saltar sobre el corcel de guerra, creí notar que su pierna temblaba.

Después, contra la última empalizada, su lanza se rompió en astillas. Hubo que darle otra.

Yo sentí ante este augurio de desgracia, que toda la sangre de mis venas afluía al corazón y me ahogaba. Retuve por el rendaje á su alazán, y le dije, suplicante, rodeando su cintura con mi brazo:

— Detente, Muhamed, detente: Es un mal presagio.

Y en mis ojos debieron brillar algunas lágrimas, cuando él, sonriendo, inclinóse y me besó en la frente, ofreciéndome las más preciadas joyas del botín.

Picó espuelas y partió al galope, á reunirse con los suyos.

— No entristezcas y agobies tu espíritu con pueriles presentimientos, ¡oh, Aischa, tesoro para mí el más preciado de la tierra, porque eres la luz y la alegría de mi único hijo Muhamed!—le interrumpió, indulgente, el noble y justo Almanzur.

Dios ha escrito en el cielo con astros de diamante la suerte de cada uno. De su voluntad dependemos, y lo que está escrito se cumplirá...

Confiémonos á su misericordia.

No estés intranquila por esta expedición. El mismo Dios parece que ha puesto la ocasión en nuestras manos.

¿Qué son trescientos jinetes armados contra los Beni-Musas, la tribu más noble y valerosa del desierto?

Lo mismo que el viento dispersa las hojas secas, así nuestros guerreros dispersarán á sus enemigos.

Tranquilízate, pues, hija mía; serena los tumultos de tu corazón, que antes que claree la nueva aurora regresará nuestro Muhamed cubierto de gloria y te cubrirá de valiosos presentes. Además, ¿á qué vienen esos temores? ¿Tú no eres la única hija de mi hermano Ayub, de aquel guerrero cuyo sólo nombre hacía temblar de espanto en sus sillas á los más esforzados campeones cristianos?

¿No te enseñó él, como á un varón, el manejo de las armas? ¿No le has acompañado á más de un combate? ¿No has sentido en tu carne de mujer la frialdad del acero?

¿Qué has hecho, pues, del antiguo valor? ¿Qué genio maléfico te ha tocado con su dedo en las sienes?

Tus ojos han perdido su brillo y la arrogancia ha huído de tu frente.

El ánimo fuerte debe permanecer de pie en los días adversos. El huracán puede abatir á la palmera; pero apenas pasa, ésta vuelve á erguirse tan majestuosa como antes.

—No es el temor—murmuró gravemente Aischa—; Dios sabe que en mi corazón arde aún inextinguible la llama heroica de nuestra raza.

Mis brazos se sienten aún capaces de renovar las hazañas paternas.

No es temor... Es el amor—suspiró, enrojeciendo hasta la raíz de los cabellos—. Es que sin Muhamed la vida me sería una carga insoportable... Es que no puedo ni admitir la sospecha de que su vida sea mortal como la de todos...

—Desecha vanos temores—interrumpió, con voz dulce y trémula, el Schaij—, y en vez de entregarte á la tristeza y á los recelos, consuela y fortifica tu corazón oyendo recitar, al son de la guzla, las viejas kasidas con que nuestros poetas triunfaron en la feria de Ocaz.

Ismael, nuestro siervo, las recita como nadie.

Sería bueno llamarlo para entretener nues-

tros ocios y apartar de tu imaginación calenturienta esas tristes visiones.

La poesía consuela y exalta el espíritu. Ella hace olvidar todos los pesares, y es el mayor bien que Dios otorga á los mortales en su mísera y rápida jornada por el mundo.

Y llamando á un esclavo que vigilaba á la puerta, le encargó avisase al poeta y convocase además á los ancianos y las mujeres principales de la tribu.

Los invitados, reclinados en ricos tapices, formaron un círculo alrededor de Ismael, que de pie, al son de la guzla, empezó á recitar.

Los ancianos y las mujeres entornaban los ojos, extasiados con la armonía de aquellas maravillosas estrofas de Antar, en las que con toda la pompa, el fasto y el ardor de la imaginación oriental se exalta el amor á Abla, á aquella extraordinaria mujer que, al decir del poeta, aventajaba á todo cuanto la Belleza tiene de más perfecto.

«Diré que el brillo de la luna iguala á tu

rostro. ¿Pero la luna tiene tus ojos de gacela?

Diré que la rama de arac se asemeja á tu cuerpo. ¿Pero la rama de arac tiene tu gracia?

Tus dientes exceden en blancura á las perlas. ¿Cómo podré compararlos con las perlas?

La llama de la verdad resplandece en tu frente, y la noche del error se ha refugiado en tus cabellos.

Bajo tu velo están abiertas las rosas del Paraíso, guardadas por las flechas de tus pestañas.

Tu indiferencia conmigo me hace quejarme en tus jardines, como las tórtolas en celo.

Ella me oprime el corazón como una zarpa.

Más allá de tu belleza están los leones del desierto, las hojas de las espadas y las largas y afiladas lanzas.

Tu rostro es como la luna al cielo; resplandece; pero está tan alto que no se puede alcanzar.»

El perfume de los pebeteros que ardían en

los ángulos de la tienda llenaba la estancia de una pesada y cálida voluptuosidad.

Todos callaban, inmóviles, siguiendo, con el alma puesta en los oídos, los ágiles y dulces ritmos de aquel canto de amor.

Sólo las cigarras, posadas en los secos troncos que servían de apoyo á las tiendas, turbaban el silencio de la hora, con la monotonía estridente de su modorra.

III

Después de estos apasionados cantos de amor, Ismael recitó la célebre kasida de «El jardín y el león», una de las más bellas narraciones de Oriente.

«Reinaba en una de las más fértiles y remotas regiones de la India un joven emir, bueno y magnánimo, que había hecho de su corte una fiesta perpetua de amor y de poesía. Desde los calados ajimeces de su alcázar contempló por casualidad, una bella tarde, á una linda dama que, sentada en la azotea de una casa vecina, parecía absorta en las maravillas del crepúsculo.

La mujer, que se creía libre de toda mirada indiscreta, tenía levantado el velo, dejando al descubierto la hermosura fascinadora de su rostro, de una perfección impecable.

El emir, lleno de curiosidad y maravillado de tanta belleza, preguntó á los familiares que le rodeaban si conocían á la dama.

—Señor, es la esposa de nuestro visir El-Nedchar.

Al día siguiente el emir hizo llamar á su primer ministro, encomendándole una importante misión cerca de un monarca enemigo, y ordenándole que partiese al momento.

El visir obedeció, y el sultán llamaba, á los pocos momentos, á la casa de su primer ministro.

—¿Quién es?—preguntó una voz femenina desde el interior.

—Abre, esclava. Sé que tu amo está ausente y necesito hablar á tu dueña.

—¿Quién sois?—interrumpió entonces otra voz más dulce, voz suave de surtidor, desgra-

namiento armonioso de perlas sobre un joyero de plata.

—¡El emir!

La puerta se abrió instantáneamente, y Fátima (que así se llamaba la esposa del visir) acudió, solícita, á besar con respeto la regia mano de su señor.

—Hermosa dama, os amo—dijo él entonces, en voz baja—, y os ruego me acojáis como amigo.

—Sed bienvenido, señor; todo cuanto aquí existe os pertenece y yo soy la más humilde de vuestras esclavas. Al dignaros pedirme hospitalidad, me colmáis de favores.

—Graciosa Fátima—añadió el sultán, desbordante de entusiasmo—, vuestras palabras son para mi corazón la más deliciosa música. Soy vuestro siervo, y permitidme que, arrodillado, bese vuestras plantas.

Fátima condujo al soberano á través de riquísimas estancias y de maravillosos patios, donde las fuentes elevaban al aire sus pena-

chos de pedrería entre las flores y los arbustos más fragantes.

Por fin se detuvo en un amplio salón decorado con una munificencia y un lujo verdaderamente reales.

El emir se sentó sobre un mullido y rico diván de seda carmesí, bordado en oro y piedras preciosas, y suplicó á Fátima se colocase á su lado.

Entonces se arrojó á sus pies, y cogiendo entre las suyas, trémulas, las finas y enjoyadas manos de la dama, le dirigió las frases más ardientes, las palabras más apasionadas, en una loca exaltación de amor.

La mujer del visir le respondió risueña, pero moderada y respetuosa, y desprendiéndose de sus manos, se levantó de pronto, suplicándole le permitiese preparar un festín en el cual serían ellos los únicos comensales.

El emir aceptó gozoso, mientras su ardiente fantasía acariciaba las más risueñas y venturosas esperanzas.

Fátima cogió de una preciosa mesita de mosaico, un grueso manuscrito ricamente encuadernado en oro y piedras preciosas, y se lo entregó á su regio huésped, diciéndole:

— Voy á ausentarme por algunos momentos para dar órdenes á los criados y disponer los preparativos del banquete que habéis tenido la galantería de aceptar. Mientras tanto, os ofrezco este discreto compañero que se encargará de distraer y hacer más llevadera vuestra soledad.

Tan pronto como Fátima salió, el emir abrió el libro.

Eran poesías y sentencias de los hombres más sabios y célebres del mundo, en las cuales se condenaba el vicio y se ensalzaba la virtud.

El emir, que era entendido y dado á las letras, gozó extraordinariamente con la profundidad de aquellos conceptos y con la dulzura melodiosa de sus ritmos.

Dos horas después apareció la bella Fátima,

suntuosamente ataviada, y rogó á su huésped tuviese la amabilidad de pasar con ella á la sala del festín.

Una vez allá, se sentaron el uno frente al otro separados por una amplia mesa magníficamente servida, sobre la cual se destacaban noventa fuentes de oro, llenas de manjares artísticamente cubiertos de cremas de distintos colores.

El sultán probó de cincuenta platos, y advirtió, con sorpresa, que aunque parecían ser distintos, todos tenían el mismo gusto. Intrigado por aquel enigma, interrogó á Fátima.

-- Las mujeres, señor--respondió ésta con la sonrisa más insinuante --, se diferencian entre sí por el color, la estatura y los adornos. Pero á pesar de todo, cada una de ellas es una mujer... y nada más.

En vuestro harén, tenéis noventa mujeres, entre blancas, morenas y negras. Por consiguiente, señor, una más nada añadiría á vuestros placeres.

El emir inclinó la cabeza, avergonzado por la lección, y después de algunos momentos de silencio, exclamó con la voz aún insegura:

— Noble señora, vuestra sabiduría y vuestra virtud han cubierto de confusión mi rostro y de admiración mi alma.

Perdonadme y olvidar las locuras de un joven á quien, desde hoy en adelante, jamás apartará la hermosura del cumplimiento de sus deberes.

Y después de besar respetuosamente la mano de la esposa de su primer ministro se retiró á palacio, pesaroso de su arrebato y agradecido de aquella lección.

Algunos días más tarde regresó el visir de su misión y fué á dar cuenta de ella á su soberano.

Después de la audiencia corrió á su casa, gozoso de sorprender á su mujer con los valiosos regalos que llevaba.

Mas al sentarse en un diván, sus miradas descubrieron entre los pliegues de la seda un

objeto brillante, y reconoció con sorpresa que era la sortija del emir.

Convencido de su desgracia, procuró disimular el furor que devoraba su corazón, y aquella misma tarde, con aparente calma, dijo á su mujer:

—Mi ausencia te ha impedido visitar á tus padres. Ve á ofrecerles tus respetos.

Fátima obedeció en el acto. Mas apenas había pisado el umbral de la casa paterna, cuando se presentó un mensajero de parte de su marido á entregarle su carta de divorcio.

Tan infausta como inesperada noticia la hizo palidecer de dolor, hasta desmayarse en un llanto convulsivo.

Cuando sus padres la interrogaron sobre los motivos que hubieran obligado al visir á tomar una resolución tan extremada, respondió que ponía á Dios por testigo de su inocencia y que el rigor de su marido era para ella un misterio insondable.

Algún tiempo después de este suceso vien-

do el padre de Fátima que su hija se moría de pesar, presentóse en el palacio del emir en ocasión en que éste daba audiencia pública.

—Señor—dijo, prosternándose ante el soberano—, yo tenía un hermoso jardín, plantado de frondosos árboles que daban exquisitos frutos. Ese jardín lo había confiado á vuestro visir El-Nedchar, que prometió cuidarlo con esmero, bajo la condición única de reposar en él. Pero se ha comido los frutos y ahora deja que el jardín se deshoje y se seque de abandono.

—¿Qué contestáis á todo esto?—exclamó el sultán, dirigiéndose al visir, que estaba cerca del trono.

—Ese hombre dice la verdad, magnífico señor—respondió gravemente El-Nedchar—. Es cierto que me había confiado un espléndido jardín y que yo lo cultivé al principio con todo el esmero y el amor de mi alma. Pero un infausto día, al entrar en él, contemplé á mis pies las huellas del león; tuve miedo y aban-

doné, señor, el jardín, con todo el dolor de que es capaz en corazón humano.

El soberano comprendió que el jardín era Fátima, que el hombre que se quejaba era su padre y que las huellas del león pudieran ser su sortija olvidada.

—Nada temáis—dijo entonces, con voz solemne, á su visir—. Id á vuestro jardín y reposad tranquilamente en él. Lo conozco y sé que está bien fortificado. Es cierto que el león ha merodeado en sus alrededores; pero ha encontrado inaccesible la entrada. Idos en paz y que la verdad del Señor os acompañe.

El visir volvió á vivir con su esposa y, convencido de lo acrisolado de su virtud, la amó en lo sucesivo mucho más que la había amado hasta entonces.

Al terminar Ismael su relación, un silencio profundo comentó sus últimas palabras.

Las mujeres, con la cabeza baja, meditaban.

Los ancianos se acariciaban soñolientamente sus luengas barbas de lino.

Sólo Aischa se atrevió á murmurar:

—De haber sido yo Fátima, jamás habría perdonado al emir su imprudencia... ¡Sabría vengarme de ella!

Y al decir estas palabras sus ojos centellearon en las penumbras del velo con reflejos acerados de puñales que se desnudan en la sombra.

IV

Al anochecer regresaron los pastores, acorralando los rebaños en sus rediles ceñidos de anchos y profundos fosos para evitar el asalto de las fieras nocturnas.

Se comió frugalmente: dátiles, leche de camellas y pan de cebada.

La tribu empezaba á inquietarse por la tardanza de los foráneos, destinados á traer noticias del combate.

Los niños se asomaban á las empalizadas á indagar el horizonte. Algunos pegaban el oído en tierra para oir mejor los rumores de la distancia.

Las mujeres sollozaban, curvadas en el suelo, soplando en las puertas de las tiendas las últimas brasas del fuego familiar.

Acababa de rezarse la oración de la tarde, y en la tienda del Schaij Almanzur se congregaban los ancianos y las mujeres principales de la tribu, comentando la tardanza de los foránicos. Nadie ya podía reprimir sus temores.

Aischa, reclinada en un ángulo, estaba palidísima.

Bajo la niebla sutil de sus velos, un temblor nervioso agitaba sus miembros largos y ágiles.

Sólo Almanzur permanecía sereno, aconsejando calma y confianza en Dios.

—Desde los desfiladeros de Absud —decía—, hasta aquí, la distancia es larga. Sólo la agilidad de nuestros corceles puede recorrerla en una jornada.

Los foránicos no tuvieron tiempo de recibir noticias. Acaso el viento haya apagado las hogueras en las cumbres vecinas.

Tranquilicemos nuestro ánimo depositando por entero nuestra confianza en Dios. En sus manos está la victoria. Acatemos reverentes sus sagrados designios.

—Señor, yo no sé qué amargo presentimiento tortura mi alma, que desde que nuestras huestes salieron no me deja descansar un momento—exclamó Aischa, revolviéndose en su lecho de cojines. Yo he visto siempre, con la sonrisa en los labios, partir á nuestro amado Muhamed al combate. Yo misma, cantando, le ceñía la espada, le calzaba las espuelas y ponía en sus manos el arco ó la lanza. Pero en esta jornada no sé qué angustia extraña me oprimía el corazón con su mano de acero.

Esta mañana seguí el vuelo de las águilas, y las águilas volaban bajas, cerniéndose en el extremo del horizonte, allí por donde se alzan los desfiladeros del Abad, como si buscasen en las arenas los despojos de un cadáver que devorar.

Anoche los chacales aullaron como seres humanos y—¡cosa nunca vista!—el leopardo saltó al foso y la empalizada y nos arrebató la novilla más hermosa, aquella que tenía un lucero blanco en la frente.

Huellas recientes de leones se han visto en torno de las tiendas.

El amuleto de la mano del Profeta, que mi madre me colgó al cuello al expirar, se me cayó en la cisterna.

Y todo esto me llena de aflicción, me inquieta y tortura mi cuerpo y mi alma con suplicios infernales.

Ya sabes que jamás sentí el temblor del miedo, ni mi rostro conoce la palidez del espanto.

Me crié al lado de mi padre, en una vida nómada de guerras y de asaltos, de combates y de emboscadas.

Mis piernas saben reventar en las carreras al potro más cerril.

Muchas gacelas han caído atravesadas por

mis flechas, y más de un enemigo mordié el polvo bajo el empuje de mi lanza... Pero amo tanto á Muhamed que la cosa más insignificante me hace temer por su vida, que es mi única felicidad en este mundo. ¡Oh, si yo hubiera ido á su lado, para resguardarle con mi pecho, para protegerle con mi espada!

E inclinando su bella frente entre las manos, se quedó silenciosa, reconcentrada en su recuerdo y como absorta en sus visiones.

Todos respetaron su silencio, conmovidos por la ternura y la intensidad de aquel amor fanático.

Una gritería de júbilo se oyó á lo lejos. Ladridos de perros, voces de mujeres, exclamaciones y carreras de niños...

Algunos rostros, radiantes de alegría, se asomaron á la puerta del Schaij.

—¡Los foránicos! ¡Los foránicos!—gritaban en una desbordante alegría triunfal.

Todos se levantaron. Resonó un galope frenético, y pocos momentos después apareció

en el umbral la jadeante figura del foránico.

Se prosternó ante el Schaij, exclamando con la voz rota de emoción:

—¡Alabados sean los designios de Dios, Almanzur! Al encenderse el primer lucero, brilló en la cumbre del monte Orob la hoguera que anuncia la victoria.

Las cimas de Tahimud, las colinas de Absed y de Sutra encendieron también sus fuegos... Partí al galope, devorando el aire, y aquí me tienes orgulloso de ser el primero en anunciarte el éxito de esta expedición.

—¡Alabada sea la sabiduría y la misericordia de Dios!—murmuró Almanzur, mirando al Oriente con los brazos levantados al cielo.

Y todos los que llenaban la tienda y los que se agrupaban á la puerta repitieron las santas palabras, entregándose después al más loco júbilo.

Las mujeres se abrazaban; los niños corrían y hasta los ancianos graves y meditabundos desarrugaron sus hoscos entrecejos.

Sólo Aischa permaneció extraña á la alegría general. Reclinada sobre los cojines, parecía entregada aún á sus terribles visiones interiores.

La noche fué de fiesta en la tribu.

El sueño huyó de todos los ojos.

Bajo la concavidad azul é infinita del cielo perlado de estrellas y fulgurante de luna, las mujeres, sobre pieles de leopardo y de camellos, en medio de un corro de hombres y de niños y en torno de las hogueras llameantes, danzaron las más lascivas danzas del Oriente, agitando sus velos, resonando sus joyas, y haciendo entrever entre las gasas y las sedas el temblar epiléptico de sus vientres y sus muslos desnudos.

Los ojos fosforecían en alargamientos felinos, bajo el resplandor lunar, y los oros y las gemas y las púrpuras centelleaban entre la negrura de los cabellos y los revuelos cándidos y azules de los almaizales flotantes.

Un perfume de amor y de voluptuosidad

impregnaba la humedad casi humana de la noche, llena de almizcle, sándalo, y olor á carnes morenas.

Los mastines vigilaban cerca de los fosos; algunas vacas mujían, y á veces, en el aire, como el augurio de un peligro lejano, llegaban los ásperos aullidos de las hienas y de los chacales, cuyas sombras, rastreras y agazapadas, proyectaba la fantasmagoría de la luna en la claridad alucinante de los arenales estériles.

V

De súbito, saltando fosos y empalizadas, en una carrera desenfrenada y alucinante, como corza perseguida por una manada de leones, apareció un corcel.

Pasó como un meteoro por las primeras tiendas, atropellando á los grupos que danzaban á la luz de la luna.

El jinete venía tendido sobre el cuello, con las bridas sueltas y los acicates hundidos en los ijares. Alzó la cabeza para orientarse, y al ver la tienda de Almanzur que se destacaba entre todas por la esbeltez y elegancia de su

cúpula rematada en una media luna de plata, hizo un esfuerzo supremo y desesperado, y reteniendo con ambas manos el rendaje, paró en seco el corcel.

El noble animal no pudo más, y jadeante y convulsivo, con los ijares abiertos, las narices dilatadas y bañado de sudor y de espuma, cayó desplomado.

El jinete, recogiendo las piernas, en un salto ágil evitó la caída.

Se inclinó sobre su yegua, y al verla muerta, sus ojos se inundaron de lágrimas, y abrazándose á su cuello, ajeno á todo, le prodigó las más tiernas frases.

— Alma mía, luz de mis ojos...

¿Por qué me entregas sólo á mi enemigo? Tú, que tenías el brillo deslumbrante del pavo real, el alma noble de la paloma, la fiereza y la prontitud del halcón que se abate sobre su presa, la carrera del avestruz, el vigor del león y la astucia del zorro. Tú, que brillabas como el espejismo en el desierto y volabas en

las alas del viento y serpenteabas como el relámpago y te precipitabas al combate con la impetuosidad del torrente que la lluvia desborda... ¡Duerme en paz; y que tus huesos no sean pasto de los chacales!

De pronto, viendo la gente, que muda y conmovida presenciaba la escena, una idea terrible volvió á apoderarse de él, y desviando los brazos del cuello de su yegua, se precipitó en la tienda de Schaij.

Ante la venerable silueta de Almanzur, cayó de rodillas, inclinándose varias veces hasta besar el suelo en señal de sumisión.

Traía las vestiduras rotas y sangrientas, las barbas revueltas y el turbante y el alquicel hechos jirones.

—La misericordia de Dios caiga sobre ti, y sobre toda tu descendencia—exclamó con la voz conmovida—. Llego á tu tribu perseguido de cerca por mis enemigos y abandonado cobardemente por mis gentes, y en el nombre

de Dios te pido amparo y hospitalidad bajo el sagrado de tu tienda.

Almanzur tendió los brazos al recién llegado, y alzándole del suelo, le hizo sentar en sus propios almohadones.

Después, con voz grave y unciosa murmuró:

—Alabado sea Dios, que te envía á mi tribu. Sea quien seas, en mi casa estás y en ella sabré defenderte contra todos tus enemigos.

Al huésped le envía Dios, y por nada del mundo faltaría á la hospitalidad que se te debe. Tú eres el amo de esta tienda.

—Esclavos—añadió, volviéndose á los suyos—, preparad un festín digno de un príncipe. Degollad la vaca mejor de mi rebaño; preparad las más sabrosas confituras. Esclavas, mullid el más blando lecho, cubridlo con las más valiosas telas; sacad los más bellos vestidos, y ungir y perfumad las barbas y los pies de mi huésped con los perfumes más costosos.

Todos se dispusieron á cumplimentar las órdenes de Schaij.

El recién llegado, algo más sereno, continuó:

—Me llamo Abul Mohadí. Pertenezco á la tribu de los Coraichitas y vivo en un valle fértil, en las estribaciones del monte Sohel, entre Medina y la Meca. Venía al frente de una rica caravana. Unos bandidos me asaltaron de improviso. Mi gente se desbandó al primer encuentro, y yo, después de haber hecho rodar por tierra al que parecía el jefe de los bandoleros, viéndome solo, hundí las espuelas en los ijares de mi yegua, y el noble animal salió disparado como la flecha del arco—, y al recuerdo de su yegua, su voz se hizo trémula y dolorida.

Pronto dejamos atrás—continuó con acento más firme después de una breve pausa—las arboledas del oasis y cruzamos el desierto en una carrera desesperada, espantando á los chacales que devoraban los restos de alguna caravana sorprendida por el simún.

Y siempre que refrenaba mi noble animal, para darle algún descanso y orientarme en la huída, escuchaba á lo lejos el galope frenético de mis perseguidores, cuyos gritos llenaban de angustia y de maldiciones la noche.

Y así corrimos una hora y dos, cuatro, hasta salir de aquel mar de arenas en un torbellino polvoriento.

Me encontré en las estribaciones de un monte... Oía más cerca el galope de mis enemigos.

Llegó un momento en que percibí claramente el relinchar de sus corceles y hasta me pareció distinguir sus sombras en los arenales.

Mi pobre yegua resoplaba, jadeante, bañada de sudor; sus flancos temblaban cubiertos de sangre y su pretal estaba blanco de espuma.

Había que hacer un esfuerzo inaudito é internarse en los matorrales del monte.

Un momento más de vacilación sería mi muerte.

Mi cabeza sería cortada y clavada en alguna pica como trofeo.

Me interné en la montaña cuando ya percibía á uno de mis perseguidores que, tendidos sobre sus corceles, blandían amenazantes sus largas lanzas.

Tuve una idea salvadora. Dios habló á mi corazón... Descabalgué, y conduciendo por las bridas á mi yegua, me interné en aquel espeso laberinto de palmeras.

Me hallé de repente en el fondo de un barranco, y dejando oculta la yegua en una caverna, después de orientarme, me desvié de mi camino, y por el lado opuesto fuí dejando jirones de mi vestidura entre las ramas de arac y los cactus que conducen á la primera eminencia del monte.

Después, regresé á mi escondite.

A través del ramaje distinguí, al poco, el ir y venir de mis perseguidores.

Oí claramente sus voces que, roncas de cólera, tramaban:

— Debió tomar el camino de la cumbre. Volvamos bridas y salgamos á su encuentro detrás de los desfiladeros.

Yo, trémulo de rabia, embrazado el escudo y la espada en alto, me disponía á vender cara la vida.

Por fin—uno exclamó, con ese grito de alegría con que los cazadores descubren entre los juncales húmedos por el rocío, las huellas del antílope:

— Mirad, mirad, los jirones de sus vestidos entre los cactus. Debió tomar hàcia la cumbre.

— Sigamos sus rastros.

Y todos partieron trás él...

Abandoné mi escondrijo; salí al llano; y aquí me tienès buen Schaij... Mi vida es tuya.

Mis perseguidores no tardarán en darse cuenta de mi burla y vendrán á buscarme.

Unos pastores me han visto atravesar la llanura y descabalgar en esta tienda.

—Tranquilízate. Todo el desierto conoce y respeta el nombre de Almanzur.

En mi casa estás libre. Nadie osará tocar á un solo pelo de tu barba.

— Voy á dar las órdenes oportunas—añadió el Schaij, y seguido de sus siervos salió de la tienda.

Reinó el silencio.

Abul Muhadi permaneció inmóvil, agobiado de fatiga.

Aischa le contemplaba á través de su velo, con sus grandes ojos nocturnos.

Sin saber por qué, el rostro fino y atezado del guerrero se iba grabando en su imaginación con caracteres imborrables.

Sería capaz de reconocerlo siempre, entre cien mil, en la algazara de una feria ó entre el estruendo de un combate.

VI

Un ruidoso galopar de corceles, gritos de angustia, ayes de desesperación, turbaron la solemnidad del silencio.

El Muhadi se agitó convulso, é instintivamente llevó la mano á la empuñadura de su alfanje.

Se oyó la voz desolada de Almanzur, que exclamaba:

—¡Pobre hijo mío! ¡Oh, mi Muhamed, encanto de mis ojos, apoyo de mi vejez! El Señor castigue á su matador, poniéndole al alcance de mi brazo...

Aischa, como poseída de un vértigo, saltó de su asiento y se dirigió á la puerta de la tienda.

En el umbral se arremolinaba la gente.

Se oían relinchos de corceles, chocar de armas, gritos de venganza y lloros de mujeres.

Una desolación inmensa parecía cubrir con sus olas negras á toda la tribu.

Dos guerreros sostenían el cuerpo ensangrentado de Muhamed el Assadi.

La cabeza pendía lívida, en un gesto altivo de fiereza y de reto.

Almanzur, á su lado, mesábase sus largas barbas patriarcales.

Las mujeres desgarraban las vestiduras en señal de duelo, y los hombres extendían los puños crispados y amenazantes.

Un esclavo retenía del rendal la yegua favorita de Muhamed.

El noble animal, estirando el cuello, con las orejas rectas, como avizorando algún peligro, escarbaba el suelo con sus finos cascos.

Introdujeron el cadáver en la tienda, depositándole sobre un rico tapiz.

Aischa se abrazó, sollozando, al cuerpo de su amado.

El Mahadi saltó de su asiento, y ocultándose en un ángulo de la tienda, con el alfanje en la diestra, se dispuso á morir matando.

Tal un león herido acorralado por la jauría, en el interior de una caverna.

Algunos guerreros le reconocieron, gritando á Almanzur:

– Mira al matador de tu hijo. Entréganoslo y cumpliremos tu venganza.

E intentaron precipitarse sobre el Mahadi.

Almanzur se interpuso, solemne, rígido, con los brazos levantados al cielo, como pidiendo misericordia.

Por su faz austera cruzó un relámpago de cólera, de odio, pero momentáneamente se serenó, volviendo á adquirir su actitud imperturbable de estatua de piedra.

– ¡Almanzur, entréganoslo, para vengar

con su sangre, la sangre de tu hijo!—clamaron los guerreros, con los alfanjes desnudos y los ojos fosforescentes de odio.

Aischa, como ajena á todo, continuaba abrazada al cadáver, sollozando, besándole, llamándole con los más dulces nombres.

Almanzur opuso su cuerpo á las espadas de los guerreros, y con voz serena, murmuró lentamente:

Perezca yo y todos los míos, antes de ser traidor á la hospitalidad que Dios nos impuso. Noblemente, cara á cara, dió muerte á mi hijo. Pues aunque hubiese sido á traición, aquí le defendería contra todos.

El huésped nos lo envía Dios, y sólo á Dios debemos entregarlo.

No me pidáis que manche con una iniquidad la gloriosa y pura tradición de nuestra raza. Enterremos piadosamente al muerto y en cuanto al huésped, él es el dueño de mi casa. Si quiere partir, yo mismo le daré escolta hasta dejarlo en lugar seguro.

El Muhadí interrumpió, conmovido, abrazándose á sus rodillas:

— Noble anciano, mi vida es tuya... y entera la daría por haber ahorrado á tu alma el dolor que sin querer te he causado.

— Parte cuando quieras, huésped mío, y que la bendición de Dios caiga sobre nuestras cabezas.

Que le enjaecen mi mejor corcel, que le ciñan mis más templadas armas.

Yo mismo, al frente de vosotros, ¡oh, mis nobles guerreros!, quiero servirle de escolta.

Todos inclinaron, emocionados, las cabezas, mudos de admiración y de respeto.

Sólo se oía la voz de Aischa, que, abrazada aún al cadáver, sollozaba:

— ¡Mi alma, mi vida: yo sabré vengar tu muerte!

Aischa dispuso los funerales de su esposo.

Ungió y cubrió el cadáver con los más costosos perfumes y las sedas más ricas, y le mandó sepultar á la sombra de un tamarindo, de frente á la Meca. Junto á la piedra de la tumba, siguiendo la bárbara y fanática costumbre de las tribus árabes del desierto, ataron al camello favorito para que se muriese de hambre y pudiese acompañar al alma de su dueño en la otra vida.

Aischa parecía un espectro. Una inquietud terrible agitaba sus músculos. Sus ojos, agota-

da la amargura del llanto, adquirieron esa frialdad profunda y alucinante que arranca la luna á las pupilas fosforescentes de los chacales.

La caravana que había de conducir hasta un lugar seguro á Abul Muhadi se iba á poner en marcha, silenciosa y tétrica como un entierro.

Las mujeres sollozaban por la muerte del joven héroe de corazón de león.

Los ancianos bendecían la misericordia del Señor por haberles deparado un Schaij de la fortaleza de ánimo del noble Almanzur, capaz de sacrificar los más íntimos y santos sentimientos á la hospitalidad legendaria de su raza.

El viejo guerrero lo disponía todo, inconmovible al dolor de sus entrañas desgarradas.

Los siervos ensillaban, silenciosos, bajo los toldos de las puertas, los corceles y los camellos.

Abul Muhadi permanecía inmóvil, replega-

do en sí mismo, ante la hostilidad ambiente, sin atreverse á mirar al anciano que había salvado su vida.

Reclinado en la penumbra de la estancia se sumergía en el mar de sus tristes pensamientos, cuando se le acercó una sombra blanca como un rayo de luna, y, cogiéndole fuertemente por un brazo, le dijo con voz sorda, rechinante de ira, mientras la mano libre alzaba el velo dejando ver la hermosura deslumbrante y grave del rostro de Aischa:

— Abul Muhadi, contempla este rostro. ¿No te dice nada?

— Sí, que nada existe más bello sobre la tierra y que, á pesar de todo, bendigo al Señor que me ha concedido la gloria de contemplarle.

— ¡No blasfemes, sacrílego! En estos ojos se miraba Muhamed el Assadi, como en un espejo. Desde que tu brazo maldito le arrebató la vida, no ven sino tristezas y desesperaciones. Fíjate bien en ellos. Sólo los volverás á ver en

la hora de tu muerte. ¡Ellos serán los dos arcángeles negros que arrancarán el alma de tu cuerpo!

Y rápida como una sombra huyó Aischa á perderse entre los tapices de los muros, dejándole al pobre Abul Muhadí la sensación fugitiva de una de esas visiones que sólo se entreven en las fantasmagorías de un sueño.

— En marcha — ordenó lenta y severamente Almanzud.

Abul Muhadí saltó ágilmente sobre una preciosa yegua baya, enjaezada como la de un príncipe, y al lado del noble Schaij que, altivo y majestuoso, hacía caracolear su overo, recordando tal vez tiempos gloriosos de amor y de guerra, se puso en marcha.

Doscientos jinetes armados le daban escolta. Entre nubes de polvo se perdieron en los inmensos arenales donde sangraban aún las últimas heridas de la tarde.

Aischa permaneció casi toda la noche orando sobre la tumba de Muhamed, blanca é in-

móvil, bajo las estrellas, sin temor á los chacales y á las hienas que, olfateando la carne muerta, aullaban en las cercanías.

De repente: presa de una impetuosa resolución, se alzó de la piedra tumular, y seguida de sus esclavas, se encaminó rápidamente hacia su tienda.

Ella no podía quebrantar las leyes de la hospitalidad, tan gratas al Señor y al Profeta, pero podía vengarse de aquel que le había arrebatado su dicha.

Ojo por ojo, diente por diente.

Recordó su infancia borrascosa.

Hija de un hermano de Almanzur, perseguido por la desgracia y el rencor de sus enemigos, había caminado errante durante sus primeros años, de ciudad en ciudad, de desierto en desierto, durmiendo bajo las estrellas y disputando á veces sus cubiles á las fieras del monte.

En aquella existencia aventurera y peligrosa, sus manos aprendieron á manejar el arco

y la lanza, sus rodillas á domeñar los potros más cerriles.

Muchas veces, mientras su padre descansaba de las fatigas diarias, ella salía, en unión de algunas siervas, á cazar gacelas.

¡Oh, cómo recordaba ahora, en su dolor profundo, aquellas carreras desenfrenadas, y cómo revivían en su memoria los detalles más nimios de la caza!

Una gacela ha visto caer á su lado, atravesado por la flecha, á su macho, defensa y guía del rebaño. Los pequeñuelos quedaron también allá abajo, en las llanuras pantanosas... y ella recorre sin descanso las colinas áridas, llanuras desoladas. La arena movediza huye bajo sus plantas.

Durante la noche se ha encogido, temerosa, entre las ramas espinosas del arac.

Cuando se agitaba en la obscuridad, la blancura de su pelo relucía en medio de las tinieblas como la perla al moverse en la seda en que está engarzada.

Mas apenas distingue los primeros rayos de la aurora, emprende de nuevo su carrera. Sus pies resbalan sobre la tierra cubierta de rocío.

Llena de inquietud y de pesar, vuelve de nuevo á los pantanos de Soaid, y en torno de ellos bala llamando á sus hijos perdidos.

Un terror súbito se apodera de ella. Acaba de oir la voz de los cazadores, y su presencia en aquellos parajes le anuncia el peligro.

Emprende de nuevo la fuga, y, desesperanzados los cazadores de alcanzarla con las flechas, le lanzan sus perros que, dóciles á las voces de sus dueños, corren en su persecución y la asedian.

Acometida de cerca, les presenta sus cuernos puntiagudos, semejantes á aceradas lanzas, comprendiendo que sólo una intrépida defensa puede librarla de una muerte segura.

Ataca á Korab, y el noble animal cae bañado en sangre. Se revuelve contra Sakun, y le abre el vientre. Los demás perros ladran espantados, pero no retroceden...

Entonces era la ocasión... Y Aischa avanzaba tendido el arco, tenso el brazo y el ojo fijo... Y la flecha partía sibilante á clavarse en el pecho de la gacela que, dando un tremendo salto, se desplomaba sin vida, abiertos de espanto sus ojos, casi humanos, en una húmeda mirada de agonía.

Su brazo también se había ejercitado en la guerra.

¡Cuántos beduínos habían mordido el polvo del desierto bajo el empuje de su lanza!

Y así fué su vida hasta que sus ojos se encontraron con los de Muhamed, cerca de una cisterna, mientras á la sombra de las palmeras sesteaban arrodillados los camellos.

Muhamed, por encargo de su padre, había ido á buscarlos al oasis de Darmaida, para ofrecerles en su tribu amparo y tranquilidad.

Se detuvieron en el oasis algunos días, y juntos emprendieron el camino hacia el aduar de los Beni-Musas. Ella galopaba al lado de su primo, silenciosa y pálida.

Sus labios no se atrevían á respirar, y hasta sus ojos, fieros y grandes, que contemplaron tantas veces impávidos la sombra de la muerte, se cerraban temerosos de las voraces miradas del Assadi.

Pero el dolor rondaba sus pasos, y el destino, menos piadoso con su padre que con el patriarca Abraham, no le dejaría contemplar, antes de morir, su tierra de promisión.

Atravesaban el desierto.

De súbito, el cielo tiñóse de púrpura llameante, y un asolador viento del Este empezó á encrespar las olas de aquel océano de arenas.

Las caballerías se encabritaron, ó indóciles á las riendas, se tendieron en el suelo, hundiendo sus hocicos en las arenas.

—¡El simún!, ¡el simún!—gritaban espantados los beduínos, descabalgando ágilmente y tendiéndose también en los arenales.

El calor era asfixiante, y á lo lejos se veía una montaña de arena y polvo ardiente que velaba el sol y amenazaba desplomarse sobre

ellos. Aischa se sentía arder toda como envuelta por las súbitas llamaradas de un horno.

Muhamed la arrebató por la cintura y la obligó á tenderse á su lado sepultando su rostro en las arenas.

Y no recordaba más...

Al despertar de aquella asfixia se alzó del polvo como de una tumba, y sus ojos y todos sus miembros se quedaron petrificados de espanto.

A su lado yacían los cadáveres de su padre y de algunos guerreros que no habían tenido tiempo de ponerse en salvo.

Los cuerpos, emponzoñados por el simún, aparecían monstruosamente hinchados.

Los miembros, tumefactos, se desprendían por sí solos en mutilaciones espantosas.

Se detuvieron unos instantes para dar sepultura á aquellos restos queridos.

Desde entonces, su suerte estuvo ligada siempre á la de su primo el Assadi.

Llegaron á la tribu de los Beni-Musas, y á

la luna siguiente celebraron sus esponsales.

Todos estos recuerdos pasaban por la imaginación calenturienta de Aischa, mientras se dirigía á la tienda que había sido testigo de su felicidad.

Una vez en ella, congregó á sus viejos servidores, y les dijo:

—Ya sabéis la muerte de mi primo Muhamed y el sacrificio sobrehumano de mi tío para dejar con vida á su asesino.

Conocéis también la fortaleza de mi brazo, capaz, de un solo bote de lanza, de derribar de su arzón al más valeroso de los campeones.

Su sangre clama venganza.

Yo lo he jurado sobre la piedra que cubre los restos de mi esposo.

¿Estáis dispuestos á seguirme y ayudarme en esta empresa?

Todos asintieron agitando los brazos.

—Pues bien—continuó Aischa—, ensillar los corceles. Esta noche partimos antes que regrese mi tío y pueda oponerse á mis in-

tentos. Ceñiré las armas de mi esposo y montaré su yegua favorita. Nadie, desde hoy, me llamará por mi nombre, sino por el de Muhamed el Assadi, en recuerdo del muerto.

No en vano, en mi niñez, mi padre, cuya memoria todos respetáis, me dió á comer el corazón de un león cazado una noche con una trampa puesta en las empalizadas de nuestras tiendas.

La luz de la luna arrancaba irradiaciones de mármol á su blanca vestidura, constelando la noche de sus cabellos profundos de estrellas de oro.

VIII

Aischa, al frente de los suyos, anduvo errante varios meses, acariciando su venganza y ejercitando su valor en encuentros parciales.

Su impetuosidad y destreza en los combates recordaba á sus viejos servidores, á Kula, la célebre hermana del famoso héroe Dherrar, aquel valeroso campeón, terror de los cristianos, en las primeras campañas del Islam.

En el sitio de Damasco inmortalizó su nombre.

Acometido una vez por treinta jinetes cristianos, fingió emprender la fuga para sepa-

rarlos. Mas tan pronto como hubo logrado su intento, volvió bridas contra ellos y, antes de que pudieran reunirse, puso fuera de combate á diez y siete y persiguió á los restantes.

Hecho prisionero en una emboscada, le llevaron, cargado de cadenas, á Antioquía, y fué presentado así al hijo de Constantino, emperador de los cristianos, el cual ordenó que se prosternase á su presencia. Negóse Dherrar, y esta desobediencia le valió catorce sablazos.

Le encerraron después en una prisión; mas, con la ayuda de un renegado, pudo evadirse de ella, y tras gloriosas y heroicas aventuras llegó de nuevo al campamento, donde su hermana, la bella Kula, le lloraba amargamente, creyéndole muerto.

Al día siguiente dióse otra batalla, en la que hizo prodigios de valor, llegando á ser el terror de los griegos. De un solo sablazo inutilizaba á un enemigo, repitiendo á cada golpe:

—¡Venganza de Dherrar!

El solo dispersaba á los escuadrones ene-

migos, no atreviéndose á seguirle más que otro guerrero, tan heroico como él, que, con sus golpes, hacía volar en pedazos las armaduras de los contrarios, gritando también:

—¡Venganza de Dherrar!

Dherrar, lleno de admiración y de curiosidad, y deseoso de conocer al guerrero que tan valerosamente le ayudaba á vengarse de los cristianos, corrió á su lado, y se quedó mudo de sorpresa viendo que tan soberbio adalid era su propia hermana, la bella Kula.

Aischa renovaría las heroicas hazañas de la hermana de Dherrar, y al traspasar con su lanza el corazón de Abul Muhadi, exclamaría también, en un alegre grito de victoria:

—¡Venganza de Muhamed el Assadi!

Atravesaron desiertos estériles, oasis floridos, montañas abruptas, y, al amanecer de un bello día de primavera, descabalgaron en un aduar de la tribu de su enemigo.

Por unos pastores supo Aischa que Abul Muhadi acababa de salir, en peregrinación,

hacia la Meca, después de inmolar los novillos más gordos de su rebaño, para dar gracias al Señor por haberle sacado con vida en un encuentro que tuvo con los beduínos del desierto.

Aischa congregó á sus fieles, y todos acordaron emprender también la peregrinación á la Ciudad Santa, para encontrar al matador de Muhamed el Assadi y vengarse de él.

Durante la peregrinación nada podían intentar. La visita á la casa de Dios es santa, y desdichado quien manche sus manos en sangre. Será enterrado en un lugar inmundo y jamás se abrirán á su paso las puertas de oro y diamantes del Paraíso.

Pero podrían seguir al Muhadi, y atarcarle á la vuelta, cerca de su propia tribu. Quemar después sus aduares y sus rebaños, esclavizar á sus mujeres, y llevar, canforada, su cabeza al viejo Almanzur, para que, antes de morir, sus labios pudiesen sonreir de nuevo al vengador de su hijo.

Emprendieron el camino de la Meca, la Ciudad Santa, en el Hedchar, la región más fértil y bella de la Arabia.

Todas las sendas estaban llenas de peregrinos, que acampaban fraternalmente á orillas de las fuentes, en los valles frondosos y pródigos.

Los jaiques listados de los hijos del desierto se mezclaban con los blancos zulhas de los nobles de las ciudades populosas de Babdad' de Damasco, de Petra, de Danar, la de la célebre universidad, de Dorán, famosa por la elegancia de sus mezquitas, y de Madchid, la de los más fragantes jazmines, la predilecta de Alí, el sobrino querido del Profeta.

Egipcios de esbeltos miembros de bronce; africanos negros como el basalto de sus montañas; espléndidos señores del Hadramut, de gigantescos turbantes constelados de piedras preciosas; habitantes de Cairuan y de los países del Mogreb, rudos y fuertes, y hasta poetas y guerreros de la lejana España, célebres

por su lujo, su magnificencia, y sobre todo por su locuacidad. Todos los pueblos del Islam se congregaban en aquella peregrinación anual á la Ciudad Santa.

Los caminos floridos se poblaban de canciones, de tañidos de guzlas, de cantos épicos y de salmodias religiosas.

Mendigos y señores compartían sus alimentos y su fervor.

Desde la cumbre de una umbrosa colina contemplaron un atardecer, entre jardines fabulosos, la Ciudad Santa.

Todos los peregrinos se prosternaron, besando el suelo religiosamente:

— ¡Bendita sea la ciudad del Profeta! ¡Alabado sea el Señor, que permite que nuestros ojos la contemplen y nuestros labios besen su tierra sagrada!

A lo lejos, sobrenadando en el oro de la tarde, resplandeciente de azulejos, la Meca se recortaba gloriosamente en el azul, con sus tres formidables ciudadelas, custodias del Islam.

Sus murallas rojas le ceñían la cintura como una faja de púrpura, y en una eminencia se alzaba, rodeada de jardines, la Gran Mezquita con sus siete elegantes minaretes y sus ciento cincuenta cúpulas.

El aire era una embriaguez gloriosa de perfumes, colores y heroísmos.

Los peregrinos permanecían inclinados sobre el suelo, en extática adoración.

Aischa sentía en sus labios el amargor agrio de la tierra, húmeda aún por las últimas lluvias primaverales.

Nubes de palomas proyectaban sombras fugitivas sobre los minaretes de las mil mezquitas y sobre las altas almenas de la alcazaba.

La voz del Muezzin se elevó, pura y mística, congregando á los fieles á la oración de la tarde:

— No hay más que un solo Dios. Su profeta es Mahoma...

Otra voz más lejana repitió el mismo canto, y luego otra y otra y otra, y de toda la ciudad

en el silencio místico de la hora, se oían sólo estas palabras, síntesis fanática del alma, acerba de una raza de sol, de sangre y de dominio:

— No hay más que un solo Dios...

Mientras, en el Oriente se alzaba majestuosa, como bordada en un estandarte guerrero, la media luna de plata.

IX

Aischa pernoctó en un fondak de las afueras, en compañía de un viejo siervo, Ibrahim, cuyo turbante verde hablaba de anteriores peregrinaciones.

Sus gentes acamparon en sus propias tiendas alzadas en un huerto de los arrabales.

Aquella noche apenas pudo pegar los ojos. ¿Encontraría al Muhadi entre la muchedumbre de peregrinos, innumerables como las arenas del desierto, las ondas del mar y las hojas de los árboles, que habían acudido á la Meca de todas las regiones del Islam? Aconse-

jada por Ibrahim decidió colocarse en la puerta de la Gran Mezquita para esperar el paso de los fieles y ver si entre ellos divisaba al matador de su esposo. Le seguiría sin separarse de él hasta no encontrar una ocasión propicia para su venganza.

Al amanecer, después de los rezos y abluciones rituales, tomó el camino del templo, guiada por Ibrahim. Iba vestida con sus mejores galas; y su paso era tan gallardo, su actitud tan arrogante y su rostro tan bello, que, al cruzar por entre los palacios que conducen al Supremo Tribunal de Justicia, más de una celosía se descorrió para contemplarle, y más de un velo dejó ver la alucinación de unos ojos voraces, fijos en los suyos; prometedores de las caricias más ardientes.

Visitó primero la casa donde nacieron Mahoma y su hija Fátima, y luego el sepulcro de la dicha, la gloriosa y fuerte mujer que con su amor y su entusiasmo hacia el Profeta, allanó los primeros obstáculos que se le presen-

taron en su camino. Toda la ciudad era un hervidero de gentes. Por las calles, engalanadas con tapices y colchas de los más vivos tonos, cruzaban en largas filas las procesiones.

Todas las puertas se abrían á su paso, y nuevas gentes acudían á visitar los lugares sagrados, entonando versículos de las suras koránicas. Era un mar desbordante de jaiques y jzulhans flotantes, de armas y de joyas resplandecientes, de turbantes ornados de joyeles y de plumas multicolores...

En los nichos empotrados en las paredes ó bajo los arcos de la calle, los santos penitentes permanecían inmóviles, semidesnudos, con los ojos en éxtasis, repasando con sus dedos, largos y huesosos, las cuentas de ámbar de sus rosarios.

Y en el aire matinal flotaba un intenso perfume de rosas recién abiertas, de nardos, de jazmines, de incienso, de sándalo y de benjuí.

El Palacio de Justicia, en la cima de una pequeña colina, dejaba ver la elegancia suprema

de sus arcos, la riqueza maravillosa de sus puertas de cedro tachonadas de plata y los arabescos fantasmagóricos de sus celosías y sus ajimeces.

Aischa, guiada por Ibrahim, ascendió lentamente por la cuesta ceñida de gruesas murallas y torreones almenados que conduce hasta la Kaaba, «La casa de Dios».

Por las diez y siete puertas de arco penetraba, en un silencio religioso, la multitud.

Aischa y su acompañante se encontraron de repente en el inmenso patio, rodeado de cuatro órdenes de columnas de mármol blanco, granito y pórfido, unidas entre sí por bellos arcos de herradura, resplandecientes en sus remates de oro, añil y púrpura, y trabajadas á cincel como joyas. De los arcos cuelgan innumerables lámparas de plata, perfumadas con los más fragantes óleos del Oriente.

A unos cien pasos de la columnata del Norte está la Kaaba, «La casa de Dios».

Conducen á ella siete preciosas galerías res-

plandecientes de azulejos, y bordadas como encajes.

El modelo de este templo — dijo Ibrahim — bajó del cielo, formado con rayos de luz, á ruegos de Adán; el primer hombre; copia del que dos mil años antes se había construído en la mansión de las Delicias para adoración perpetua de los arcángeles.

Después del Diluvio, nuestro padre Abraham recibió del Señor el encargo de reconstruirlo, y en esta santa labor le ayudó su hijo Ismael.

Una puerta inmensa, mirando al Norte, toda chapeada de plata y oro, les detuvo.

La cubría un gran paño de seda negra, en el cual resplandecía, bordada en oro, la profesión de fe koránica:

— No hay más Dios que Dios, y Mahoma su profeta.

Aischa, impulsada por la fuerza irrefrenable de su fe, penetró en el templo.

A la derecha, cerca de la puerta y como á

un metro de altura, está empotrada en la pared la célebre piedra negra que, según cuenta una piadosa leyenda, descendió del cielo cuando Adán fué arrojado del Paraíso, y después el Arcángel Gabriel se la llevó á Abraham cuando reconstruía el templo.

Es de forma oval y de unos veinte centímetros de diámetro, y en su centro está escrita la fórmula sagrada:

«No hay más Dios que Dios».

En el día del Juicio ella se presentará ante el trono del Altísimo á acusar á todos los que la hubieran besado con labios impuros.

Aischa ó Ibrahim se inclinaron reverentes y la besaron con unción.

A su lado se encuentra otra piedra mayor, la que servía de asiento á Abraham mientras reedificaban la Kaaba.

Después oraron largo tiempo sobre las losas de mármol verde, bajo las cuales esperan la resurrección los restos de Agar y de Ismail.

Traspasaron la balaustrada de oro que ro-

lea el pavimento y se encaminaron al célebre pozo del *zem-zem*, cuyo milagroso manantial hizo brotar un arcángel en el trágico momento en que Agar se tapaba el rostro con su manto para no ver morir de sed á su hijo Ismail, y bebieron también, como todos los peregrinos, de sus aguas lechosas y amargas que limpian de todo pecado.

Aischa abandonó aquel día el templo, desesperada de no encontrar al Muhadi. En vano Ibrahim preguntó por él, discretamente, á todos los beduínos que encontrabaal paso.

Tristemente descendieron á la ciudad.

El sol fulgía en el cenit, y para librarse de sus rayos tomaron el camino de las tiendas de los joyeros y perfumistas, situados en largas y estrechas callejas entoldadas con linos multicolores. A cada lado se abría el arco de un bazar, y en el fondo, el mercader, sentado sobre una esterilla de pita, mostraba sus mercancías.

Ante la tienda de un sabeo, de uno de esos

hombres ágiles y cetrinos que se encaraman hasta los altos picachos donde anidan los rocs, para arrebatarles las varetas del cinamomo con que fabrican sus nidos, se detuvieron un momento.

Un arrogante mancebo discutía acaloradamente con el vendedor el importe de un tarro de perfumes y el valor de una preciosa gargantilla de perlas de las islas de Awal.

Aischa reconoció al Muhadi, y se detuvo.

— Cincuenta dinhares — gritaba el mercader.

— ¡Ladrón! — murmuró el Muhadi —. ¡Cincuenta palos te diera si no fuese por la festividad del día! Pero, en fin, ya que no tus razones, me convencen tus mercancías.

Y cogiendo un puñado de tierra añadió:

— Te doy tierra por tierra... y queda hecho el trato.

Llévamelos esta tarde al fondak de Antar, en las cercanías del Palacio de Justicia, y pregunta por Abul Muhadi.

Aischa é Ibrahim se alejaron, y después de avisar á los suyos, se trasladaron á la hospedería indicada por el Muhadi, donde pagaron, á precio de oro, una habitación estrecha y lóbrega.

X

Aischa no perdió de vista al Mahadi. Como una sombra se arrastraba cautelosamente tras sus pasos, siguiéndole en sus excursiones á través del laberinto de calles de la ciudad.

Una noche en el patio del fondak oyó que el Mahadi decía á uno de sus servidores:

— Id preparando la partida... Arreglad en los cofres los presentes que llevo á Zahara, la favorita de mi corazón...

Partiremos cuando llene la luna.

Aischa se aproximó, y deteniéndose ante la yegua de la cual acababa de descabalgar el

Muhadi, le dijo á éste, mientras fingía examinar las condiciones del bello y noble animal:

— ¡Buena cabalgadura! ¡Bien se conoce que pastó la hierba seca del desierto! ¡Qué cuello! ¡Qué orejas y qué remos tan finos! Bendeciréis á Dios por haberos dado un animal semejante...

— ¡Ya lo creo! — respondió complaciente Muhadí, halagado en su vanidad—. Además, esta yegua tiene una historia que va unida á la de mi vida.

En cierta ocasión—añadió confidencialmente — marchaba yo al frente de una larga caravana que conducía perlas de Awal, cinamomo, benjuí, ámbar, oro, plata y mirra: en fin, todas las riquezas fabulosas de Samarcanda, Hadramut y la India, cuando en unos desfiladeros nos atacaron unos beduínos. Mis gentes huyeron al primer encuentro, y sólo yo, al frente de algunos fieles, intenté resistir. Mandaba los beduínos un mancebo arrogantísimo, que apenas me vió se vino hacia mí á toda

brida, lanza en ristre. Yo levanté en alto mi corcel, y haciéndole girar sobre las patas, evité ágilmente el golpe. La lanza pasó rozando las cinchas.

Me volví rapidísimo, y de un golpe certero atravesé á mi contrario.

Todos se detuvieron un instante para socorrer al herido, y viéndome solo, aproveché esta confusión para escapar á rienda suelta. Después de varias vicisitudes, busqué amparo en un aduar; pero el dueño de la tienda que me dió asilo, era el padre del mancebo muerto por mi mano.

Llegaron los compañeros de éste y entregaron al padre el cuerpo de su hijo. Me reconocieron, y, como es natural, reclamaron mi cabeza.

Pero el buen viejo, no sólo no accedió á ello, sino que me dió esta yegua, pues la mía había muerto al llegar al aduar, y él mismo, al frente de sus guerreros, me acompañó hasta un lugar seguro.

Aischa no pudo reprimirse. Su mano tembló sobre la empuñadura de su alfanje; pero haciendo un terrible esfuerzo de voluntad, interrogó al Muhadi, con la voz aún insegura:

—¿Y hace mucho tiempo de esto, buen hombre?

— Poco más de un año.

—¿Y no temes á la familia del muerto?

— Era hijo único, y su padre no había de salvarme la vida para después darme muerte.

Mas hablemos de otra cosa. Tú, joven, pareces experto en cuestiones de joyas. Te he visto siempre á mi lado, en los bazares, eligiendo perlas y crisólitos, y tus pupilas eran tan expertas en la tasa que jamás los mercaderes se atrevieron á regatear el precio.

Quiero mostrarte las que llevo como regalo á mi favorita.

Desde entonces fueron amigos inseparables. Muhadi le consultaba en sus compras y Aischa se complacía en elegirle los perfumes más ricos y les piedras más puras.

El día antes de la partida, dijo Muhadi:

— ¿Por qué no hacemos el viaje juntos? Te detendrías en mi aduar y celebraríamos fiestas en tu honor.

— Acepto gastoso tu ofrecimiento — respondió Aischa.

Y al día siguiente se pusieron en marcha.

Los peregrinos regresaban á sus hogares, alegres de haber cumplido sus votos. Los turbantes verdes fingían una primavera tardía en los senderos escuetos.

El Muhadi llevaba en su compañía treinta jinetes y casi el mismo número de criados.

Las gentes de Aischa no pasaban de cincuenta. Esta caminaba conversando afablemente con su amigo; pero muchas veces sus ojos ardían como si todos los relámpagos de una tormenta pasasen por ellos, y sus manos tenían que hacer esfuerzos inauditos para no desnudar el acero.

Pero no; su venganza sería más noble, cara á cara, en campo abierto.

Llegaban ya casi al término de su viaje.

Habían caminado toda una jornada por un terreno árido y la sed abrasaba todas las gargantas.

Sus hombres y los del Muhadi avanzaban fatigados, pidiendo á Dios, á grandes voces, el amparo de una fuente.

De pronto, al descender una colina arenosa, se hallaron ante una cisterna. El cubo de hierro pendía de la cadena, como invitando á beber al peregrino, y tres palmeras se alzaban majestuosamente ofreciendo el reposo de sus anchas sombras.

Unos y otros se precipitaron hacia la cisterna, y por querer todos beber primero, vinieron á las manos, propinándose algunos palos y hasta saliendo á relucir los aceros.

Ibrahim, como á una señal convenida arremetió con su lanza al criado favorito del Muhadi, y le pasó de parte á parte. El combate se generalizó. Los dos bandos se abrieron en ala, acometiéndose rabiosamente.

Entonces Aischa, aproximando su yegua á la del Muhadi, le dijo á éste:

— Nuestras gentes pelean y se matan por una cosa baladí. Nosotros, en cambio, tenemos cuentas graves que saldar. ¿Te acuerdas de Muhamed el Assadi, á quien atravesaste con tu lanza? ¿Recuerdas las palabras que momentos antes de que partieras de la tienda del viejo Almanzur murmuró una sombra á tu oído? El momento ha llegado... Defiéndete... ¡Venganza del Assadi!

Al ver que sus señores iban á luchar, los dos bandos se detuvieron, inmóviles, alzados sobre los estribos; y hasta los heridos, tendidos en la arena, alzaron sus cabezas ensangrentadas para presenciar el combate.

El Muhadi, presintiendo la agilidad y la fuerza de su adversario, se decidió á darle un golpe maestro.

Picó espuelas, tendió la lanza y, en línea recta como una flecha, partió hacia Aischa.

Esta hizo girar su corcel, y sin tiempo para

que el Muhadi se detuviera, le dejó pasar, atravesándole el costado de un lanzazo.

Los siervos intentaron socorrer á su señor; pero fueron dispersados por las gentes de Aischa, más aguerridas, y sobre todo preparadas de antemano para este encuentro.

El Muhadi se desplomó de su yegua, dejando escapar de sus manos la lanza.

Aischa, entonces, echó pie á tierra, y dirigiéndose velozmente al moribundo le dijo:

—¡Dios te ampare, Abul Muhadi! Así las gentes conocerán cómo sabe vengarse la mujer de Muhamed el Assadi.

Y al terminar estas palabras, levantó la espada con ambas manos y de un solo tajo cercenó el cuello del guerrero.

—Ibrahim—dijo luego á su siervo—, recoge esa cabeza y llénala de alcanfor, y enciérrala en el cofre más rico.

Quiero que vuelvan á sonreir, una vez siquiera antes de expirar, los labios del viejo Almanzur.

EL ÚLTIMO ABDERRAMAN

A Sidi-Ahmed-el-Muaz, al grande
y amable poeta, gloria del Islam.

I

El misterio de las constelaciones se rasga, por fin, ante los ojos atónitos, desmesurados de expectación, del príncipe Abderramán-ben-Abdemelic-el-Omeya, último descendiente de la más noble familia de Koreích, discípulo del sabio Alí-ben-Jusuf-el-Galid, ilustre hijo de Córdoba, cuyas tablas astronómicas sirvieron de pauta á las del célebre rey de los cristianos Alonso-ben-Ferdéland.

El rostro pálido, consumido por la fiebre de tenaces vigilias, se inclina ávidamente sobre las amplias tiras de piel de rinoceronte,

donde signos mágicos trazan tortuosos caminos de serpientes.

La vieja lámpara de bronce, trabajada á cincel como una joya, hermana de las cuatro mil setecientas que alumbraban la gran Aljama de Córdoba, pendiente por salomónicas cadenas de plata de la alta bóveda encristalada, arroja una luz lívida, casi sangrienta, nublada á veces por el revuelo de algún murciélago, sobre el amplio taburete de cedro incrustado de marfil y gemas, todo cubierto de rollos de pergamino y astrolabios.

El trémulo resplandor de la luna envuelve el resto del atrevido Observatorio que el genio de Azhuna levantara sobre la torre más soberbia de la Alhambra, como un penacho de pedrería sobre un turbante real, en un rútilo ensueño de plata fosforescente.

— ¡Bendecido el nombre del Señor! ¡Acatados sean sus designios! — murmura jubilosamente el joven príncipe.

La bella testa varonil se alza triunfal,

Los grandes ojos rasgados, donde la noche encendió la negra hoguera de sus ébanos profundos, se dilatan bajo las negras pestañas, como si quisieran absorber en sus retinas toda la luz de la Luna y la celeste claridad de la Hora.

Por los abiertos ajimeces asciende, con la luminosa polvareda estelar, el ensueño múltiple, fastuoso y primaveral, de la ciudad dormida á la sombra de sus mil torres, de sus murallas cubiertas de hiedra, de sus cármenes desbordantes de flores.

La música de las fuentes, de las innumerables fuentes de la Alhambra, perla la noche de frescura. Se la siente gotear, filtrarse palpitante en las entrañas removidas de la tierra fecunda, y correr por las venas de la sombra, como la sangre fragante y fabulosa de una eterna juventud. Los ruiseñores asaetan el espacio con su voz de cristal y de suspiros, desde los jardines de los Adarves, en los kioscos de la plaza de los Aljibes, entre los cipreses y

los naranjos de los maravillosos patios del Alcázar, y más abajo, en todos los cármenes que desbordan sobre el Dauro sus vivas canastillas de flores. Y sobre tantas bellezas, desde los astros perennes y rutilantes, los arcángeles del Silencio descienden por gráciles escalas de plata, con el índice en el labio, recogidas las alas, plegadas las túnicas, cautos los pasos, para no turbar el frágil encanto del misterio nocturno.

Las hogueras de las atalayas parpadean como pupilas vigilantes que luchan con el sueño, entre el verde profuso de los huertos y las manchas tenebrosas de los bosques abruptos. Y más allá, rasgando el cielo con su casco de plata, se eleva la Montaña de la Nieve, como un centinela que custodia el sueño de la ciudad predilecta de Allah, la sultana de Occidente, de esa ciudad cuyo nombre es frescor de aguas y dulzura de mieles, de Granada la Bella.

Bajo el doble arco de la puerta, aparece la

patriarcal figura de Alí-ben Jusuf-el-Galid.

Su luenga barba blanquea fluctuante á lo largo del amplio ropón de seda carmesí franjeado de oro.

Bajo la nieve del turbante, la negra voracidad de sus ojos proyecta sobre el rostro escuálido una sombra de austera gravedad.

—¡Alabado sea Allah, clemente y misericordioso! Su magnificencia derrame sobre tu frente, ¡oh, Abderramán, hijo de reyes, descendiente del Profeta, todos los bienes que prodigó á manos llenas sobre tu estirpe! —murmuró despacioso, inclinándose en una profunda reverencia, hasta sentir la frialdad del pavimento bajo la palma de sus manos.

El joven se abalanza á su encuentro, no pudiendo contener la impetuosidad de su impaciencia, como si la llegada imprevista, casi providencial, del sabio Hafiz pudiera aportar á su espíritu atribulado la palabra milagrosa que serena los mares y hace que se detengan,

jadeantes los flancos y sudorosas las crines, los negros corceles de la tempestad.

— Ve, Alí, lo que arrojan estos cálculos. Descifra los inmutables designios de las estrellas — la voz se rompe de emoción, y ante los ojos febriles y profundos del anciano, las manos trémulas desenrollan torpemente las largas tiras de piel de rinoceronte, cubiertas de fórmulas astrolábicas.

Alí-ben-Jusuf las examina atentamente, una por una, escudriñando el signo más fútil.

El silencio es tan profundo, que se oye el latir violento y presuroso del corazón, y hasta el jadear del aliento entre los finos labios mordidos de impaciencia.

— Príncipe — interrumpe el anciano — los sellos se han roto, y el libro de la Verdad, el libro escrito con caracteres de fuego, va á abrir sus páginas ante tus ojos mortales. ¿Podrán tus pupilas leer sin deslumbrarse? ¿Estarán suficientemente puros tus oídos para escuchar el eco de la palabra divina?

— Jamás dejé de cumplir los preceptos koránicos. Tú sabes que mis ojos sólo se abrieron para la adoración de Allah y que mis oídos sólo oyen las máximas y las alabanzas del Altísimo.

El índice de Alí-ben-Jusuf señala, uno por uno, los signos cúficos escritos sobre la piel encerada.

— Este cometa cuyo caudal de luz se extingue entre la polvareda de plata de los astros, presagia el fin del Islam en estas fértiles tierras que nuestros mayores fecundaron con sangre y abonaron con sus propios huesos. Esta estrella luciente, de una pureza de luz única, que fulgura como un diamante, entre la constelación del León y de las Vírgenes predice un hombre puro: un corazón de león en cuerpo de virgen.

El sólo puede detener la ruina de nuestra ley.

Sus labios puros sabrán decir la palabra salvadora y su brazo de león será capaz de

esgrimir victoriosamente la corva cimitarra del Profeta.

Los arcángeles del Señor nos abandonan horrorizados de tantas iniquidades.

Hemos confiado á los ineptos los bienes que el Señor encomendó á nuestro cuidado. Los ambiciosos son como el mar, que con todo viento se alborota.

Nuestros brazos se han cansado de acuchillar á nuestros propios hermanos, y ya no pueden resistir el golpe de nuestros enemigos. Córdoba, Sevilla y Murcia han caído en poder de los cristianos.

Nuestras taifas vagan desordenadamente por el norte de El-Mogreb. Todo parece presagiar un próximo desastre. De Arabia y de Persia, hombres pálidos por el terror, llegan presurosos á reclamar el auxilio de nuestros brazos. Las armas cristianas se aprestan á conquistar nuestros dominios. Sus galeras llenan el mar, y son tan innumerables, que los mástiles proyectan en las olas las mismas som-

bras que los espesos bosques sobre su tierra de brumas. La polvareda que levantan sus patrullas nubla el sol y ensombrece los caminos, de naranjos y tamarindos, que conducen á Damasco, y las espadas y las cuchillas de los bárbaros se afilan en las mismas piedras que hicieron relampaguear los cascos de nuestros corceles victoriosos. La cruz se proyecta en las arenas de nuestros desiertos, y acaso dentro de poco, abrirá también sus brazos sobre los santos minaretes de la Kaaba, como los ha abierto ya en la gran Aljama de Córdoba.

Abul-Beca, el gran poeta de Ronda, lo ha dicho en estas lágrimas que la religiosidad de Alhamar hizo suspender de los alicatados de su cámara, recordándole el dolor y la vergüenza del Islam:

Ahora nuestras mezquitas trocáronse en iglesias:
sólo brillan en ellas la cruz y las campanas,
y nuestros almimbáres, aunque de duro leño,
lloran nuestras desdichas y se anegan de lágrimas.

Necesitamos un caudillo que se imponga sobre todas las rivalidades, que congregue en torno de su estandarte todas las banderas, que ordene nuestras almofallas y las conduzca á la victoria. Tú eres joven y fuerte. Tú puedes ser el elegido del Señor. Descendiente del Profeta, tu sangre es más pura que la de los kalifas de Damasco y la de los emires granadinos. Mi fidelidad te ha criado en las prácticas de las más santas máximas del Korán:

«Alójate del ignorante y teme su contacto.» Un derviche sale por sí mismo de las olas. Un sabio saca también á los demás.

Te aislé de todo; y para estar más cerca de Dios me encerré contigo en una vieja fortaleza de las inexpugnables Alpujarras, entre los restos de la gran biblioteca de Córdoba, que fundó la magnanimidad del kalifa Alhakem-ben-Abderramán, y que tus padres custodiaron con el mismo fervor que se guardan en Meca las reliquias de Mahoma.

Toda la ciencia acumulada en mí, por tantas

lunas de estudios voraces, la fuí volcando como el ánfora de un río caudaloso en el mar ávido y profundo de tu espíritu. Un tenaz presentimiento me advertía que vigilase en ti al más alto destino de nuestra raza. De todos los descendientes del Profeta, tú sólo puedes ser el elegido, por la doble virtud de la sangre y de la inteligencia. El sabio Abulfaragí-el-Isfahani pareció presentir tu valor, cuando escribía:

«La luna del Islam tendrá un eclipse, los pastores, atemorizados, abandonarán el rebaño, y los lobos caerán sobre él en furiosas manadas. Pero de tierras de Occidente, vendrá un leoncillo, cachorro del más noble linaje de Hegiaz y para mayor gloria del Altísimo, ahuyentará á los lobos y pondrá á buen recaudo el rebaño.

Tú puedes ser el cachorro de los viejos leones que cantó el poeta de *El Aganir*. Tu brazo es el más fuerte y tu pierna la más ágil. Puedes detener un carro de combate sólo con

afianzarlo por el rayo de una rueda. Eres capaz de desjarretar un toro y vencer á los caballos del viento. Podrías cazar los halcones al vuelo. Hice tu carne dura como el granito de nuestros montes, y tu alma blanda como la arcilla de los alfareros de Fajalauza, que deja impresa la menor huella. Tu inteligencia no tiene más límites que Dios.

Has buceado en el mar de lo infinito y sales de él con las manos colmadas de todas las perlas de la sabiduría. Como el rey Salomón, conoces la música de los astros y lees en ellos, como un quiromante egipcio en las rayas de las manos.

Has sido conducido á la cima de un monte para oir la palabra que no se olvida nunca y es la mejor guía de los pueblos. Y serás introducido por Dios en los jardines ricamente regados por límpidas corrientes de agua perfumada. Llevarás brazalete de oro y de perlas, y el forro de tus vestidos será del brocado más rico. Las falanges angélicas se abrirán para

que pases. Los más gloriosos caudillos arrojarán á tus pies sus cimitarras, y los profetas te sentarán entre ellos, en sus mismos tronos de pedrería fulgentes como relámpagos, como incendios de iris. ¡Tú puedes ser, oh, Abderramán, el glorioso restaurador de la Ley!

El acento del anciano tiene una solemnidad profética, y sus palabras, armoniosas y graves van cayendo en el silencio sonoro, como un desgranar de sartas de perlas sobre un joyero de cristal de roca.

— ¡Oh, Alí! ¡Si no te engañases! ¡Si fuera esa la predicción de los astros! — exclama el joven príncipe, dejándose arrastrar como en un torbellino por el orgullo de su destino soberbio.

— ¡Oh, Abderramán; ten fe! Cierra los ojos hasta que los párpados te pesen como de plomo, y lánzate violentamente al abismo que el Destino abre ante tus plantas. Dios sabrá conducirte, y con los ojos cerrados verás lo que no vió mortal ninguno.

Si dudas, se apagará la lámpara que el Cielo

puso en tus manos, la lámpara maravillosa que te hará ver todos los tesoros del mundo, aun aquellos que yacen sepultados en las entrañas de la Tierra.

Haz cuenta que atraviesas un puente frágil entre dos precipicios. En cada mano llevas una copa colmada de agua. Y á la menor flaqueza tuya las copas se desbordarán. Sé fuerte y confía ciegamente en Dios.

Cuando la Providencia te pone en las manos la cuerda de la felicidad, todas las criaturas concurren á hacerte feliz. Tus mismos enemigos te ayudarán. En cambio, si la desgracia te persigue nada podrá librarte de ella. No está seguro el infeliz aunque se encarame á los nidos de las águilas, ni evitará las saetas del Hado aunque se suba á las estrellas. Así lo quiere el que todo lo puede.

Ten confianza en tu estrella. No palidezcas jamás ante los demonios que te asalten para hacer vacilar tu fe. Los arcángeles estarán contigo para defenderte con sus escudos de

diamantes y desbaratar las legiones de *Eblis* con sus espadas de fuego. Dios sembrará el terror en las filas de tus enemigos. Y tú les golpearás en la nuca hasta que te dejen franco el paso.

— ¡Oh, si todo se redujese á aplastar de un mazazo al gigante más terrible, custodio de los tesoros del Destino; á derribar de una lanzada al dragón más violento!... Mi estirpe brillaría más fúlgida que el Sol en el zénit. Mi mano sabría sostener el estandarte verde del Profeta, como lo sostuvieron mis antepasados los califas de Oriente y los emires de España. Y de nuevo el tropel victorioso y veloz de nuestros corceles aventaría el polvo de las estepas castellanas. Y los muros de Córdoba, de Murcia, de Toledo, de Sevilla y de Valencia, se verían coronados por los turbantes del Hegiaz, y nuestros gritos de guerra aullarían como lobos hambrientos en las gargantas de las guájaras y desfiladeros, camino de Afranc.

Y en el frenesí de la exhaltación, sus ojos

arden, su faz se transfigura, como si pasase entre el polvo y el Sol y los relámpagos de las armas, un glorioso desfile de banderas triunfantes; y el cuerpo ágil y esbelto se esculpe con relieve heroico bajo la plata de la Luna.

Sólo le falta la espada de fuego para semejar así, con toda la impetuosa belleza de la juventud y de la fuerza y entre el flotante desorden de las vestiduras blancas, el Arcángel exterminador y violento que en el combate de Bedre luchó al lado de Mahoma, y en los tiempos patriarcales alimentaba la cólera de los Profetas centenarios.

— Príncipe, tú puedes ser el elegido del Señor. Los astros lo presagian. Pero siempre tu corazón de león ha de latir en un pecho de virgen. Jamás tu boca se ha de profanar para que sea digna de la verdad el aliento divino pueda salir de entre tus labios sin mancharse.

¡Que tus ojos mortales no vean más belleza que la de tus sueños! ¡Que tu pie vencedor aplaste siempre á la serpiente y á la mujer que

intenten detenerlo en su camino! La serpiente es la condenación eterna. Y los muslos y los brazos de la mujer se han hecho para que se enrosque en ellos la serpiente. Los besos nos dejan exhaustos de sangre heroica. Si vas á la Meca en peregrinación, más que á la aridez del desierto y á las zarpas de las fieras y á la mortal embriaguez del Sol, debes temer al encanto verde y venenoso de los oasis floridos que fingen los demonios para la perdición de los buenos creyentes. Quien se aduerme al arrullo de sus aguas, bajo la frescura de sus palmeras, no besará jamás la piedra negra de Kaaba, ni sus ojos se abrirán de nuevo á la luz, ni sus oídos escucharán más que los chillidos de los réprobos y el castañetear de dientes de los condenados. Sé puro y serás fuerte... Corazón de león en pecho de virgen.

Estremece el silencio un repentino florecer de rosales de cristal.

El cielo se dilata, hasta hacerse cóncavo como una copa, para recoger en sus paredes

hasta la última vibración musical. Y una voz femenil, desmayada de ardor, canta á lo lejos, acompañada de la guzla, tras los ajimeces calados del mirador de Lindaraxa, una canción de amor, donde todos los leones del Deseo abren sus rojas fauces, ávidos de sangre tibia y de carnes virginales:

Sobre el jardín la Noche es una
fragante y tibia invitación.
¡Ven á soñar! Plata de luna
tiembla en el mármol del balcón.

La brisa, es como el tibio aliento
de un rojo labio sensual.
El surtidor, desgrana al viento
sus frescas sartas de cristal.

Amor, reclina con pereza
entre mis senos tu cabeza.
Tiembla el luar sobre tu tez.

Y en sus blancuras pasajeras
son más profundas tus ojeras
y más mortal tu palidez.

II

Vistosas cuadaillas de esclavas, ataviadas con las más ricas telas de Oriente, envueltas en gasas flotantes tan sutiles como el aire, invaden con la alegría de su juventud y de su belleza, la calada galería del patio de los leones Entre risas y cantares desfilan todas bajo el airoso arco de la Sala de las dos Hermanas, conduciendo en artísticas canastillas de mimbre las flores más frescas de los jardines de Alcázar y los más sabrosos frutos de los huertos de la vega.

Sobre repujados azafates de plata, el iris de

los velos trasparece á la luz, y las joyas más fúlgidas relampaguean como un tesoro astral entre la púrpura y la seda turquí de los cincelados cofrecillos persas.

Todas atienden por los más bellos nombres: Noemia, Rahdiá, Sobeida, Bohia, Kethira, Saida, Zahra, Maliha; nombres que expresan en su poética dulzura todo cuanto de gracioso apacible, risueño, claro, fecundo, florido y feliz, existe sobre la Tierra.

En los cabellos oleosos, tintinean zóquies; en los tobillos y en los brazos desnudos, fulguran las ajorcas y brazaletes, y en torno de los cuellos gráciles, centellean los collares. Y una música de oro acompaña el ritmo de sus pasos sobre el sonoro pavimento de mármol de Macael. Á un lado de la estancia, se oculta bajo un soberbio pabellón de damasco carmesí, recamado de perlas y protegido por los blancos pliegues de un suntuoso tapiz de Siria, el estrecho arco del pequeño Alhamie, destinado al reposo de la bella favorita del emir.

En los ángulos de la sala se destacan otros cuatro arcos, que en unión de veinticuatro columnas, esbeltas y gráciles como palmeras de piedra, sostienen la amplia bóveda resplandeciente, recubierta de pequeñas cúpulas con fúlgidas estrellas de colores, y rodeada de diez y seis ajimeces.

Por las tenues celosías esmaltadas, el incendio solar se filtra en temblorosas ráfagas de luz, dando á la estancia el aspecto fantasmagórico de una gruta de estalactitas sorprendentes que fingen olas irisadas de un lago de encanto, nubes de encajes ó islas trasparentes de ágata y madreperlas. Y las frágiles siluetas de las esclavas tejen entre ellas, en un fluctuar alado de gasas y de tules, los misteriosos giros de una danza de hadas.

En pequeños cuadros, formados con cintas y hojarascas, campean esculpidas las armas de Alhamar. Un escudo con campo de plata, que atraviesa diagonalmente una banda azul, cuyos extremos sujetan heráldicas bocas de dra-

gones. En la banda resplandece la empresa de los nazaritas escrita en letras de oro: *Allah galib illa lah.* (Solo Dios es vencedor).

Y por todas partes serpentean elegantes caracteres cúficos, prodigando alabanzas al gran Emir, repitiendo versículos de las suras koránicas, ó inspiradas estrofas de los más célebres poetas. Una inscripción dice: «Alabado sea el Sultán alto, fortaleza del Islam, decoro del género humano, lluvia de generosidad, rocío de clemencia para los pueblos, león de la guerra, defensa de la fe, el vencedor por Dios, el ocupado en el camino de Dios, Abu-Abdala, Mohamed-ben Jusuf-ben-Nazar-el-Ansan. Ensálcele Dios al grado de los altos y justificados y colóquele entre los profetas, justos, mártires y santos».

En otra refulgen estas sagradas máximas koránicas: «Todo lo que hay en la Tierra pasará. Sólo la casa de Dios permanecerá rodeada de esplendor y de gloria. Los que temen la majestad de Dios tendrán dos jardines. Ambos

están ornados de bosques. Y ambos tienen dos fuentes más y dos especies de cada fruto. Los frutos de los jardines estarán al alcance del que quiera cogerlos. Y allí habrá vírgenes de modesta mirada, semejantes al jacinto y al coral, que no fueron tocadas nunca de genios ni de hombres. Descansarán reclinados en alcatifas, cuyos forros serán del brocado más rico... ¡Bendito sea el nombre del Señor, lleno de majestad y de generosidad!»

En algunas se entrelazan estrofas galantes los genios más preclaros, como esta de Abdala-ben-Xamri, á propósito de la contienda de los collares, famosa en la corte de Abderramán II.

Más al collar avalora
y á sus preciosos jacintos,
la que en esplendor excede
al Sol y á la Luna unidos.

Siempre la mano de Dios
ostenta raros prodigios,
pero como éste, ninguno
humanos ojos han visto.

¡Oh, perla por Dios formada!
Ante tus puros hechizos,
juntos el Mar y la Tierra
ceden perlas y jacintos.

El diamantino desgranar de los surtidores sobre las anchas tazas de jaspe, el sordo y lejano abejear de las brisas entre los arrayanes del patio y el trasparente rocío de esencias que desciende goteando de las altas cúpulas, evocan la imagen húmeda y sonora de una tenuísima lluvia de perlas dentro de fabulosa concha de nácar. Con sobrado motivo, el genio de Azhuna llamaba á esta mansión de portentos el Alcázar de las Perlas.

Las esclavas desfilan risueñas y ágiles, cargadas de ricos dones, y la luz centellea y borda arabescos polieromos en los cabellos, en las túnicas y en las joyas como en un mar cambiante de sedas y de gasas, de púrpura y de oros.

Y allá, en el fondo del arco de la izquierda, se ve, sobrenadando en un difuso crepúsculo

de esmeraldas, abierto sobre la fragante primavera de los jardines perennes, y, sostenido por sus marmóreos y esbeltos ajimeces, el mirador de Lindaraxa, éxtasis del alma y embriaguez perpetua de los sentidos.

Suavizan la dureza del pavimento de pórfido, muelles y suntuosas alcatifas persas, donde los más bellos ensueños del Amor y de la Guerra se dibujan nítidamente entre la monstruosa lujuria de la flora de Oriente.

En esmaltadas medallas refulgen caprichosas inscripciones alabando la belleza de esta estancia.

En una, se le llama «Fuente clara», en otra, «Mar ondulante». Y, en efecto, el mirador semeja una límpida taza de alabastro, donde chispean las ondas azules de un transparente lago de zafiros, ó las olas verdes y cristalinas de un mar sereno donde los reflejos de las nubes se irisan en relámpagos de amatistas, en fulguraciones de perlas y en incendios de corales.

Por el doble arco central, que se eleva majestuoso entre otros dos más sencillos abiertos á sus costados, fulgura el azul luminoso del cielo matinal y el verde sombrío de las copas triangulares de los altos cipreses.

Frente á este divino panorama se extiende un amplio diván de raso turquí, bordado de oro y perlas, donde reclinada perezosamente sobre blancos cojines reposa Leila Hassana, la bella favorita del magnífico, animoso y prudente Muhamed II.

En torno de ella, grupos de esclavas de diversos países se afanan por servirla.

Vírgenes nubias, pulsan arpas de ébano, y el negror de las arpas es menos fulgente que el de sus miembros desnudos.

Rubias cristianas tañen melodiosas guzlas de cedro y palosanto.

Voluptuosas almeas se desmayan en los lúbricos giros de la danza morisca.

Egipcias de piel de bronce y grandes pupilas de gacela, cantan con extenuante dulzura

las lindas estrofas que el poeta Taglebi, famoso en Córdoba en la corte de los últimos Omeyas, improvisara ante el manojo de frescas rosas que en límpido vaso de cristal, purpúreo por el color de las flores, le ofreció un campesino en los feraces alrededores de Bagdad:

La rosa ocupa su trono,
pues su imperio nunca acaba...
Todas las flores son tropas
y la rosa es la sultana.

Otras esclavas, doncellas sirias y griegas, árabes y hebreas, le presentan canastillas colmadas de flores, cestas desbordantes de frutas, las leves gasas en que ha de envolverse al salir del baño los óleos fragantes que ungirán sus cabellos, y las fastuosas tocas, y las espléndidas alhajas con que se ha de ataviar para presentarse ante los ojos celosos y amantes del emir.

Y todas se disputan el honor de arrancarle la primera sonrisa.

La sultana, indiferente á tales homenajes, continúa inmóvil, cerrados los párpados, cruzadas las manos sobre el pecho, como si respírase aún el perfume vaporoso de las adormideras del último sueño.

Sella su frente la blanca palidez de los mármoles pulidos por la Luna.

Las mejillas son huertos floridos de auroras; los senos, nidos de torcaces impacientes; los labios, granadas recién abiertas que gotean mieles y bálsamos, y los ojos, grandes y profundos, como noches tenebrosas relampagueantes de insaciables deseos.

Su piel tiene ese tono dorado y cálido de los dátiles que maduraron al sol, y sus cabellos, largos y ondulantes, el negror agorero que azulea en las alas del cuervo.

Y todos sus miembros, potentes y tersos como un arco de combate, recuerdan la ágil elasticidad, la gracia móvil y terrible de las fieras más bellas del Desierto.

En torno de su frente se desangra una dia-

dema de rubíes, y alrededor del cuello se enrosca, como en el árbol del Paraíso, una serpiente de pedrería.

Los pliegues de su traje, vaporoso y purpúreo, son como llamas, como lenguas de fuego que la acarician, dejando trasparecer á veces, la mortal fascinación de sus carnes desnudas.

Los brazaletes que ciñen sus brazos y las ajorcas que agobian sus tobillos, acompañan sus más leves movimientos con una tintineante música de oro.

El calor empieza á ser sofocante. Asciende de los jardines un vaho cálido y pesado de labios febriles que se besan hasta desfallecer un perfume intenso y penetrante de cálices que se deshojan lentamente tostados por el sol.

A lo lejos, trasponiendo los divinos pensiles del Alcázar, con sus torres bermejas, con sus minaretes resplandecientes de azulejos y sus azoteas floridas, flota Granada, como el

sueño de una ciudad fantástica nadando en un océano de olas escarlatas y playas de nácares.

Se oyen lejanos relinchos de corceles, chocar de arneses y estrépito de atambores y añafiles. Son los jinetes de la guardia real, que suben á la Alhambra, bajo túneles de verdura, entre el frescor de las fuentes y el estremecimiento de las frondas agobiadas de nidos.

Y ligeras nubes de polvo humean en el azul, nublan el sol y proyectan fugitivas sombras en el rígido verdor de las cipreses.

De súbito, Leila Hassana, entreabre los párpados. Su mirada vaga largo tiempo acariciante y soñolienta en torno de cuanto le rodea, y se detiene bruscamente en los pebeteros, cuyas copas florecen como lirios de oro, sobre trípodes de bronce, en los ángulos de la estancia.

—¿Dónde están las esclavas encargadas del incienso y de la mirra? ¡Que traigan pastillas de ámbar y de áloe, de sándalo y de benjuí, para disipar este ambiente sofocante y pesado!

Su voz es tan dulce, que podría ser acompañada por las arpas de oro de los arcángeles.

Las esclavas se apresuran á cumplimentar sus indicaciones. Manos expertas extraen del fondo de preciosas cajas de madera aromáticas, con mosaicos de marfil, las más ricas esencias de Oriente, y las derraman sobre la brasa viva de los pebeteros.

Una nube tenue y azulada como esos ligeros vapores que á los primeros rayos del Sol se elevan de los cauces umbrosos de los ríos y de las riberas de los lagos, envuelve lentamente, en un flotante sortilegio de bruma, la luminosa paz del aposento.

Y á través del humo, las figuras aparecen indecisas y trémulas, como nadando en las neblinas de un sueño maravilloso y matinal.

La sultana permanece absorta, en una inmovilidad grávida de éxtasis, arrullada por las músicas y los cánticos, y aspirando por todos los poros de su cuerpo la acritud embriagante de los perfumes que en serpientes

de humo, se escapan, persiguiéndose y enroscándose, hinchándose y deshaciéndose, de los áureos pebeteros.

Sobeya, la esclava predilecta, se arrodilla á sus pies, y cogiéndole en una humilde caricia las manos agobiadas de anillos, suspira con una dulzura casi maternal:

— ¿En qué piensa la perla de Granada, la rosa de Andalucía? ¿Por qué los soles de tus ojos nos niegan sus rayos; y ni las notas del arpa, ni el relampaguear de las joyas, ni la fragancia de las flores, ni los cántos de las esclavas, logran arrancarte, cual otras veces, una sonrisa de satisfacción? Habla, ¡oh, sultana! Y tus siervas, con sus largos abanicos de pavo real, con las más dulces melodías, con los tulipanes más bellos de Oriente, ahuyentarán tus nostalgias. ¿Quiéres que distraigan tu somnolencia las más complicadas y lascivas danzas de Armenia? ¿Deseas escuchar los relatos maravillosos que encantaron al kalifa Hairum-el-Rasxid, en sus pensiles de Bagdad?

Habla, y la dulzura de nuestras voces acordes á los sones de los instrnmentos más armoniosos, te irá relatando, uno por uno, todos los fabulosos cuentos que libraron la vida de Scherezada...

— ¡Oh, Sobeya, mi esclava favorita, nada existe en el mundo que pueda borrar de mi imaginación los recuerdos del sueño que aún me enajena! — murmura Leila Hassana, dejando caer las palabras como las perlas de un collar que se rompe, como las tembladoras notas de una gaita muzárabe.

Las esclavas enmudecen y agrupadas á su alrededor, se inclinan para respirar mejor el aliento musical de sus labios.

— Cuando la claridad azul del alba brilló en los muros calados de mi alhamie y empezaron á dibujarse las inscripciones de oro que le adornan, salté del lecho, á buscar en el patio de los Arrayanes un poco de reposo para mi alma poseída aún por los espíritus de la Noche.

Mis manos, ardientes de fiebre, se sumergieron en las frescas aguas del estanque, para cumplir las abluciones matinales.

En el fúlgido espejo enmarcado de verdes arrayanes perlados de rocío, palpitaba en trémulas ráfagas el encanto misterioso del patio, con sus columnas prodigiosas, con sus cúpulas resplandecientes de estrellas de oro, y sus muros rutilantes de espumas multicolores. Y las aletas de los peces, al girar ondulantes, iluminaban estas fantásticas visiones con fugitivos relámpagos de púrpura.

Una aurora más bella, más amplia y más rutilante, parecía florecer en el fondo de la piscina, difundiendo en las aguas una rosada claridad de nácares.

Pero ni la frescura del agua, ni la belleza sobrenatural del patio, ni los gorjeos de las golondrinas posadas en los azulejos de la cornisa, ni tanta claridad, ni tantos perfumes como venían en la brisa, pudieran disipar en mi alma las últimas sombras de la noche.

En el mirab de la Mezquita, tras las caladas celosías, asistí como de costumbre á la Azala Azohbí, la más dulce de las oraciones. Y aunque mis ojos se alzaron al Oriente, y aunque mis labios dejaban escapar maquinalmente los divinos versículos de las suras del Profeta, mi alma permanecía alejada de mi cuerpo, hundida en un mar de delicias inefables, como flotando con los últimos girones de las neblinas matinales, entre la Tierra y el Cielo.

Después, me dirigí á este esbelto mirador, ávida de reposo. Mas todo fué inútil.

Ni vuestras músicas, ni vuestros cantares, ni el resplandor de esos tesoros de joyas, ni la fragancia de esas flores, ni la contemplación de esos divinos panoramas, han podido borrar de mi memoria los recuerdos de mi maravilloso ensueño. Dormía envuelta en mi túnica de lino, sobre almohadones de damasco, bajo pabellones de púrpura, en el misterioso alhamie que el emir de los creyentes destina á su esposa favorita.

Mi cuerpo era como una de esas raras flores de los ríos sagrados de la India, que flotan abiertas á la Luna sobre la plata ondulante de las aguas.

Bogaba en un mar de delicias inenarrables.

En el aire, en el agua, en todo, se abrían labios voraces para besarme, hasta dejar exhausto mi cuerpo en una muerte de suaves languideces. Y la corriente me arrastraba en un balanceo de seda, á lo largo de florestas encantadas sobre ciudades fabulosas, hundidas bajo las aguas, con sus cúpulas de coral y sus minaretes de topacios, y todas las estrellas, con sus ojos de esmeraldas, se asomaban al azul del cielo, para verme pasar envuelta en velos de plata viva, como dormida sobre un áureo canastillo de flores de espuma.

De pronto, un eco indescriptible, como escapado de un arpa celestial, pasó zumbando en el aire, como esos abejorros de oro que rozan con sus alas ligeras nuestra frente presagiándonos la felicidad.

Y se sucedieron las notas con un batir de alas que escapan hacia un rayo de luna; y brotaron las cadencias, acariciantes y fugitivas, como los dedos de los arcángeles entre los cabellos de los santos.

Y bajo el enjambre sonoro, mi cuerpo entero fué como una armonía intraducible, no escuchada jamás por oídos mortales. A sus compases, se fueron abriendo ante mis ojos las puertas de oro de alcázares encantados, de ciudades sepultadas, de subterráneos tesoros, como si en torno mío girasen armoniosamente todas las maravillas del mundo.

La música se extinguía con la fugacidad de esos perfumes que aventan las brisas, al deshojar los huertos del Otoño.

Y me encontré de repente en un jardín como jamás soñaron los poetas.

El suelo estaba enarenado con polvo de diamantes, con aljófares de astros, y al roce de mis sandalias vibraba como la caja sonora de un instrumento bien templado.

Los árboles eran de oro, las hojas esmeraldas, y los frutos de rubíes, de jacintos, de amatistas y de otras gemas de colores y tamaños nunca vistos.

Flores maravillosas se abrían como llamas, como círculos de resplandores; y el plumaje de las aves relampagueaba con todos los matices del iris.

Las fuentes eran de ágata, de topacios y de ámbar, los surtidores de perlas y las corrientes de plata viva. Y los árboles, las flores, los pájaros, las brisas y las fuentes, hablaban un idioma inexpresable más dulce que el son de las cítaras.

Sentí rumor de pasos precipitados, y mis ojos cegaron como ante una aparición divina.

Un arcángel, el Arcángel de la Venganza, el mismo que, cabalgando en la yegua Haizun, armado con su casco de fuego y su alfange de llamas, combatió al frente de una legión de querubes, al lado del Profeta, salió á mi encuentro y me estrechó en sus brazos.

Y sus manos, temblorosas de deseo, como las de un novio, me condujeron á un templete resplandeciente, que se alzaba á la sombra de un gran bosque de palmeras de oro.

Los muros eran de calada malaquita, con cenefas de granates y arabescos de turquesas y piedras de luna. La bóveda estaba formada de un solo zafiro incrustado de estrellas de diamantes, que giraba y se curvaba como un cielo. El lecho era del coral más sangriento y las colchas de púrpura llameante.

Sentí en toda mi carne la palpitación de unos labios de fuego, y un beso lento y largo, como una eternidad, me fué absorbiendo vorazmente hasta dejar vacío mi cuerpo, sin sangre y sin alma. Y en las alas violentas de un amor imposible, volamos abrazados, como sobre el roc de los viejos cuentos del Yemen, en un vértigo inconcebible, envueltos en torbellinos de luz ó bajo pabellones de tinieblas, sobre desiertos y ciudades, rozando los flecos de oro de las estrellas, y sintiendo á veces sal-

picar nuestros flancos la salobre espuma de los mares hambrientos.

Nos transmitimos nuestras más íntimas ideas, todo eso que no puede decirse porque es tan grande ó tan sutil que no encuentro palabra que lo exprese, con una mirada voraz, con una sonrisa extática, con un beso absorbente.

Fundidos en uno solo, vagamos, vagamos infatigables y ágiles como los genios del aire, hasta que un viento huracanado nos arrojó como náufragos, á una playa encharcada de sangre, donde las cabezas truncas de los degollados se abrían en muecas de espanto, como cárdenos lirios flotantes en las aguas.

Abrí los ojos, temblando de espanto.

En los cristales de la alberca miró, con los cabellos erizados aún de pavor, mi rostro pálido como el de esas enfermas que adolecen del mal del Cielo y mueren sin que nadie conozca las causas de su enfermedad.

Jamás podré olvidar el sueño de esta no-

che. Llevo dentro de mis pupilas los negros y fieros ojos del Arcángel.

Al recuerdo de sus besos, hierve la sangre en las venas, y mis entrañas se abren como las tierras pródigas al recibir la fecundidad caudalosa de los ríos desbordados. ¡He sentido dilatarse en mí todas las felicidades del Cielo y de la Tierra!

La voz se hincha en un suspiro, y de nuevo desfallece Leila Hassana sobre los almohadones del diván.

Las esclavas, silenciosas, le rodean.

Los instrumentos músicos duermen en sus cajas de marfil y ébano.

Las joyas rutilan en los estuches cincelados y algunas rosas se van deshojando lentamente dentro de las canastillas de mimbre.

Se oye el zumbido sordo y tenaz de una abeja en torno de los cálices abiertos. De pronto desgarra el silencio el metálico clamor de una trompa de guerra.

Pasa un rápido estruendo de armas y cor-

celes bajo el calado mirador. Y los atambores, y los añafiles atruenan triunfalmente en la plaza de la Armería, en los patios del Alcázar, y á lo largo de todas las torres almenadas de La Alhambra.

— ¿Qué pasa? — murmura, bruscamente, la sultana incorporándose en el lecho.

Las esclavas se asoman á los ajimeces.

Son los correos, que traen noticias de la guerra...

Van tendidos, como flechas, sobre sus corceles sudorosos, gritando: ¡Victoria! Y tras ellos galopan algunos caballeros armados.

La atlética figura del jefe de los eunucos aparece en el umbral, é inclinándose reverentemente, murmura con voz sonora:

— El magnánimo y poderoso emir de los creyentes, Muhamad-ben-Alhamar, se digna visitar á la perla de su harem, á la esposa favorita de su corazón. Sus propios labios desean comunicarte la gran victoria que alcanzaron contra los infieles nuestras huestes

acaudilladas por el príncipe Abderramán-el-Omeya.

Las esclavas se colocan presurosas en sus puestos.

Las guzlas y las arpas vuelven á gemir; una voz de ternura y de desfallecimiento entona una vieja canción de amor.

Y Leila Hassana ensaya la más graciosa de las sonrisas al ver aparecer en el umbral, rodeado de sus guardias y alcatifes, al gran emir, envuelto en su sayo negro, y con la toca verde entrelazada con gruesos hilos de perlas que ornó siempre la noble frente de los hijos de Hegiaz.

Y á través del humo azuloso de los pebeteros se ve todo como soñando en los cristales de un lago encantado.

III

Ha terminado la oración del Alba. Granada, la Damasco de España, metrópoli de todas las ciudades de Occidente, emporio de traficantes, madre pródiga de artistas y de guerreros, se incorpora perezosamente al pie de las verdes colinas, como sensual odalisca que despierta sobre rica alcatifa bordada con todos los matices de la Primavera.

Los primeros rayos del Sol, al reflejarse en las perennes blancuras de la Montaña de la Nieve, arrojan vivos relámpagos de púrpura sobre las negras cresterías de Sierra Elvira,

haciendo resplandecer los torreones bermejos del doble cinturón de fortificaciones que ciñe á la ciudad.

Las almenadas torres de La Alhambra se recortan nítidamente en el aire sereno, como si surgiesen del fondo ondulante de un mar de esmeraldas.

Las últimas neblinas se esfuman en los manchones verdes de los cármenes, y el oro flúido del Sol centellea en la fugitiva pedrería del Dauro, y en los joyeles de las innumerables fuentes, recatadas á la sombra de los arbustos floridos. Desde los esbeltos minaretes de las Cien Mezquitas, resplandecientes de azulejos la voz jubilosa de los muezzines, desciende sobre la ciudad, congregando á los fieles, en el nombre de Allah clemente y misericordioso, á recibir á las huestes que, al mando del príncipe Abderramán, regresan vencedoras de las armas cristianas.

Las azoteas se pueblan de gentes, cuyos ojos avizores escudriñan las atalayas de la vega.

En todas las calles desemboca, como el agitado oleaje de un río desbordado, una abigarrada muchedumbre. Desciende por las estrechas callejuelas, desde el alcázar regio, desde la casa de la Moneda, desde los mil palacios nobles que, rodeados de jardines, coronan el Albaicín, inundando la mañana con la alegría frenética de sus gritos. Se precipita, desbordante de fausto, por todos los senderos umbrosos de La Alhambra. Se encrespa en una onda multicolor de turbantes y de alquiceles tendidos al viento, en torno de la puerta de Bib-Aujar, para desplomarse torrencialmente á lo largo de la cuesta de los Gomeles, en un relampaguear perpetuo de joyas y de armas bruñidas de sol.

El paso de la multitud hace retemblar los giganteseos puentes tendidos sobre el Dauro.

De toda la ciudad convergen nuevas oleadas de cabezas.

La alcazaba Cidid arroja sus laboriosos barrios de tejedores y mercaderes.

La estrecha Cadima deja escapar su negra colmena de infatigables hebreos, y hasta el Muror y la Antequeruela concurren también con sus humildes habitantes.

La muchedumbre forma un remanso curuscante y ensordecedor en la plaza de Bib-Rambla, y se desborda por las callejuelas de Zacatín y de la Alcaicería, buscando las puertas de la Vega. Y este mar humano invade toda la ciudad, se arremolina en torno de las plazas, asalta todas las vías en un frenesí de gritos y canciones.

Bajo la gloria del Sol, bajo el celeste resplandor de los cielos, flotan los amplios alquiceles de los esclavos africanos; relucen los bronceados bustos de los guerreros etiopes; sudan luz las pieles lustrosas de los potros cordobeses; relampaguean las adargas, las picas y los cascos bruñidos; fulguran los puños de los corvos alfanges; se irisan los topacios que recaman los altos bonetes, y arde la púrpura y llamea el oro de los ricos vestidos de

los pajes. Y todo parece multiplicar la claridad del día, la luz, en una apoteosis mágica de colores y de tonos.

De los jardines floridos, de los cármenes rebosantes de cálices y de los patios olorosos á ámbar, á mirra á nardo, á todos los más acres y pesados perfumes de Oriente, se escapa un vapor cálido y perfumado de lujuria estival.

Se mezclan y confunden en un mismo triunfo de júbilo todas las tribus que pueblan la ciudad.

Los finos almaizales que velan el rostro de las damas, brillantes y trasparentes como encajes de cristal rozan las túnicas de lino y los blancos turbantes de los hijos del trabajo.

Tras las celosías, engalanadas de flores y de cintas relampaguean los ojos curiosos de las odaliscas.

Grupos de bayaderas, bajo el arco, lleno de alicatados, con esmaltes y cifras de azul y de oro, de alguna plaza, arquean sus torneados

brazos, balanceando las potentes caderas, mientras los pies desnudos, riman ágilmente sobre el mosaico del pavimento los voluptuosos giros de las danzas moriscas.

Ancianos de luengas barbas blancas y mugrientas tocas raídas entretienen la impaciencia del público con juegos de cubiletes ó rasgueando destempladas guitarras.

Entre la estupefacción de los chiquillos, se engullen largas tiras de estopa ardiendo, ó cantan viejas historias guerreras, en las que el nombre de Almanzur campea con las más gloriosas alabanzas.

Domadores de serpientes, sentados sobre sucias alfombrillas de pita, fosforescentes los ojos, crispadas y convulsas las manos, ofrecen sus lenguas rojas al mortal aguijón, y los áspides se balancean de ellas, rítmicamente, á los somnolientos compases de los tambores y de las flautas berberiscas. Callejeros astrólogos hebraicos predicen el porvenir á cambio de algunas miserables monedas.

Apuestos mancebos hacen caracolear sus ágiles corceles, enjaezados con sedas, flecos, borlones y alharacas multicolores, bajo las celosías de sus damas. Y cuadrillas de alegres mozos y desenvueltas doncellas, pululan por todas partes, tañendo guzlas y entonando amorosas canciones. Y todos, en avalanchas de color, se dirigen hacia la Vega, como si las ochenta mil casas de Granada arrojasen de su seno en una embriaguez oriental de pompa ó de alegría, su medio millón de habitantes.

También el Zacatín, emporio de las glorias y de las grandezas de Granada, se siente poseído de esta fiebre de movimiento y de entusiasmo.

Desde la puerta de Bib-Rambla, cantada por los poetas como teatro de cien fiestas, de corridas de toros, juegos de sortijas carreras de caballos y amorosos galanteos, hasta la cancela labrada de la Alcaicería, se ve invadido por las oleadas de la muchedumbre, que distrae su impaciencia contemplando las ri-

quezas infinitas acumuladas en los muestrarios de los bazares.

A un lado, los más hábiles joyeros, ofrecen alhajas de oro y plata, de tan fina labor, que se dirían tejidas con rayos de sol y reflejos de luna, retorcidos brazaletes de esmeraldas y rubíes, diademas de topacios y de ópalos, collares de perlas y diamantes, joyeles de amatistas y de zafiros.

Expertos cinceladores muestran suntuosas lámparas de alabastro, búcaros y jarrones esmaltados prodigiosamente, y pebeteros donde el sutilísimo buril dejó grabadas flores de loto enroscándose en troncos de palmeras, ramas de cedro meciéndose sobre lagos serenos.

Los forjadores de armas enseñan corvos alfanges damasquinos, largas cimitarras, cotas de malla tan ligeras como impenetrables, jacerinas y broqueles.

Los relojeros exhiben relojes de arena y clepsidras, donde el tiempo se desgrana gota á gota.

Los tejedores cuelgan riquísimos tapices, fastuosas alcatifas, cojines de brocado, hermosos pabellones de lino, imitando en sus dibujos todos los prodigiosos mosaicos de las telas índicas.

Al otro lado, en otros bazares, se ven largos tubos cilíndricos, por donde el astrólogo percibe los más tenues movimientos de los astros, preciosas brújulas, más gratas al navegante que el fulgor de una estrella en noche borrascosa; ligerísimas hojas de papel de hilo, de seda y de algodón, y curiosos manuscritos de ciencias y de artes, y extraños instrumentos de física y alquimias, retortas y sopletes, astrolabios y tablas geométricas, y hierbas de la Sierra de la Nieve que curan todos los males.

Profusión de sedas y de alfombras, encajes, pieles y finísimas esteras de pita y de cáñamo, todo producto de la vega granadina, trabajado en la ciudad de las mil torres, todo salido de la fábrica de tapices del Albaicín, de los

telares de la Alcazaba, de los talleres de curtidos del arco de Bib-Elvira.

En el bazar de Mahomed-ben-Hassan, el más famoso mercader de la Alcaicería, un numeroso grupo de hombres comentan en diversos idiomas los sucesos del día, la entrada triunfal de Abderramán, el júbilo del emir y la futura prosperidad de Granada. Son joyeros, navegantes, cinceladores y ebanistas, judíos, genoveses, castellanos, provenzales, turcos, persas y egipcios. Muchedumbre reunida un día en la ciudad común, en la opulenta y comercial Granada, para hacer acopio de sus mercancías y dispersarse mañana, como la hoja de árbol al ímpetu del huracán, en caravanas, ya por las abrasadas regiones del Africa, ya por las populosas ciudades asiáticas ó por los pueblos bárbaros de Europa.

— ¿Qué nación podrá competir con la perla del Occidente? — exclama Mahomed, acallando con su voz enérgica y sonora la gárrula algarabía de las voces extranjeras —. Grana-

da tiene mil torres que la vigilan, y en cada torre un hombre que la guarda. Es inexpugnable como un castillo custodiado por genios buenos. Sin embargo, sus puertas están abiertas para todos y su hospitalidad no tiene límites. Dilo tú si no, Abraham.

Tus compatriotas viven, bajo sus muros, más libres que en las comarcas de Palestina. Tú lo sabes también, Pero Nuño, mientras que en Córdoba, Sevilla y en Toledo, los fieles creyentes que no tuvieron el valor de abandonar sus hogares para venirse á tierras del Islam, sufren los más afrentosos vejámenes por parte de los reyes de Castilla, en Granada se os abren las puertas, se os remunera generosamente vuestro trabajo y hasta se invita á vuestros caballeros á quebrar cañas y á romper lanzas con los más nobles hijos del Profeta, en las justas y torneos que se celebran en Bib-Rambla.

Nuestra riqueza sólo se puede comparar á nuestra liberalidad. Tendrá Chichemir, sedas;

Goleonda, diamantes; Ormuz, perlas. Podrá envanecerse el genovés con sus bajeles, el turco con sus perfumes, el castellano con sus catedrales, el provenzal con sus artistas; pero en Granada se concentra todo. En ella se acaparan los productos de todas las ciudades. En Málaga y Almería, en Algeciras y en Adra, anclan los navíos de los pueblos más remotos cargados de los más variados productos de la Tierra, y se dan de nuevo al mar, llenos hasta la escotilla, de las más envidiables mercancías. La vega produce todos los frutos necesarios para la salud del cuerpo y la embriaguez de los sentidos. La Sierra de la Nieve, oculta tanto oro en sus entrañas, que se desborda para servir de arena á nuestros ríos. Las canteras griegas nos produjeron mármoles y alabastros tan puros y tersos como los de Sierra Elvira y Macael.

Jamás el Sol iluminó tierras más fértiles desde cielos más bellos.

Alfombras sirias, tapices persas, telas indi-

cas, metales preciosos, abortan inagotablemente nuestras extensas fábricas y nuestras profundas minas. Tenemos alcázares que envidian Bagdad y Damasco; observatorios que taladran el cielo con sus altivos minaretes; incomparables academias donde se guarda, como un fuego sagrado, la sabiduría de los pueblos antiguos; bazares espléndidos donde podemos ofrecer al mundo todo cuanto pueda soñar la mas lúcida imaginación.

Os hemos dado la brújula para que podáis surcar los mares. Hemos creado el papel para que la idea perdure y no sea sólo ráfaga de aire que pasa sin dejar huella. Tenemos poetas que cantan nuestras glorias; sabios que las aumentan; guerreros que las defienden, y alarifes que nos traen á la Tierra todas las hermosuras del Paraíso.

La multitud continúa pasando, en un desfile ondulante de banderas y gallardetes, en una marea ensordecedora de gritos y canciones. Se empuja, se atropella para traspasar el arco

de la Puerta Elvira. Asalta los arrabales, invade las huertas, trepa por los árboles, se arracima en los vallados y en los setos de los caminos de la Vega.

Las brisas están cargadas de perfumes y de frescuras que ascienden de los huertos floridos; de los habares en flor; de los bosques de limoneros y naranjos, que nievan el suelo de azahar; de las acequias, límpidas y joyantes, que se deslizan entre hiedras y violetas; de las mil fuentes borboteantes por sus caños de bronce en los recodos de los caminos.

De Granada se escapan ráfagas acariciantes de aromas y de humedades que enervan la mañana ebria de sol y de azul.

La Vega también se desmaya de voluptuosidad, invalida por el tumulto de tantas voces, por el torbellino de tantos colores violentos.

Las azoteas de los molinos, albeantes entre las alamedas del Genil; los minaretes de las mil academias, cercadas de frondosos jardines; los miradores de los cármenes, todo se

desborda de gente. Y por todas partes, á lo largo de los paseos de cipreses, en el centro de los kioscos esmaltados, en medio de los patios umbrosos, los penachos de los surtidores se elevan, rotos y brillantes al sol, por cima de las azoteas y de los tejados, sobre las copas de los más altos árboles, para caer deshechos en amplios abanicos de perlas finísimas, como lluvia de rocío, ó formando arcos de chispeante pedrería.

Por los caminos, bajo túneles de verdura, por los olivares, desembocan, entre nubes de polvo y un estruendo de campanillas y trallazos, los moradores de los mil lugares de la vega, que vienen también á compartir el júbilo de los granadinos, jinetes en enjaezadas mulas de labranza, en pacíficos asnos con gualdrapas de colores chillones, entre un tropel de chiquillos que corretea vociferando.

Y la gente se saluda desde lejos, llamándose por sus nombres, y las bendiciones de Dios

descienden sobre aquel mar de cabezas multicolores y ululantes.

De pronto, un grito formidable estalla en la cima de un altozano cubierto de algarrobos; serpentea por todos los caminos; atruena en Puerta Elvira; se extiende en un vocerío delirante á lo largo de todas las calles; se eleva en gritos estentóreos de las plazas, y á través de los puentes tendidos sobre el Dauro asciende por los mil laberintos frondosos hasta la cumbre de la Alhambra; y un brusco redoble de tambores anuncia al gran Emir, que rodeado de su corte, espera impaciente en el Salón de Embajadores, la llegada de las tropas victoriosas.

Por el ancho camino real avanza rápidamente una inmensa nube de polvo, proyectando sobre los árboles y sobre los sembrados las rápidas y movibles sombras de un vuelo.

Se va aclarando poco á poco; parece abrirse; y el oro del Sol dardea, por fin, en el ace-

ro de las armas y en el metal de los escudos.

Un trueno de corceles, de chocar de armas, se aproxima. Son los Zenetes, los más ágiles jinetes de Granada. Vienen hasta cuatrocientos, galopando en sus caballos, engualdrapados de verde, con grandes borlones de plata que casi rozan el suelo, tendidos sobre las crines flotantes, embrazando sus largos escudos de oro, blandiendo sus enormes lanzas de combate.

Galopan, galopan vertiginosamente, y los gritos agudos, y el hierro de las espuelas sangrando en los hijares, azuzan los caballos.

La multitud los aplaude, les arroja flores, y cintas, y palomas; se aparta á su paso atropelladamente, reculando contra las paredes, casi embutiéndose en los quicios de las puertas, trepando por los hierros de las ventanas. Y el tropel de jinetes, flotantes los blancos alquiceles, ondeando los largos penachos, se pierden al galope por las calles. Y bajo el rítmico martilleo de los cascos saltan rotas

las piedras, despidiendo chispas de fuego.

Después, son los Gomeles, más lucidos, más numerosos, galopando también en los más bellos caballos de los campos de Córdoba. Y luego los Abencerrajes, bellos y fieros, como los ángeles del Señor en la hora de las grandes venganzas. Y los Zegríes, y los Venegas, los Muzas, los Almohades y los Almoravides, toda la nobleza del Islam, desfilan gallardamente, tremolando al aire enseñas victoriosas bordadas de motes, entre un chocar metálico de armas, de arneses y de estribos; entre relámpagos de oro y pedrería: en un torbellino violento de colores brillantes, de crines desparramadas, de pieles lustrosas.

El blanco, el verde, el bermejo triunfan en esta carrera vertiginosa.

Atraviesan la ciudad. Bajo las rápidas herraduras, retiemblan los puentes del Dauro. Se precipitan bajo el arco de Bib-Aujar, y ascienden y se pierden por las cuestas de la Alhambra, como una avalancha de oro, de nieve

y de sangre, estremeciendo las bóvedas de verdura, deshojando las flores, desgajando las ramas, ahuyentando los pájaros y levantando hasta el Sol jirones de nubes palvorientas.

Los añafiles y los atambores dejan oir, por fin, sus notas guerreras. Y solo, seguido de cerca por compactas filas de pajes y escuderos, se destaca, en un recodo del camino, jinete en un piafante potro morcillo, la soberbia figura de Abderramán. Todos los brazos se elevan á los cielos; los jaiques y los alquiceles flotan en lo alto, y una explosión de vítores estalla hasta enronquecer las voces.

Las gentes avanzan, le rodean, se aprietan en torno suyo, se postran de rodillas para besar la fina seda de su manto blanco. El príncipe tiene que hacer esfuerzos inauditos para refrenar la nerviosa impaciencia del caballo, que avanza, caracoleando, entre aquel mar rugiente de aclamaciones. La gualdrapa, de seda verde, barre con sus largos borlones de oro el polvo del camino. Está salpicada de sangre;

y en los flecos de seda carmesí del rendaje, los topacios y los criso-berilos fulguran como leonadas pupilas de pantera. Avanza sonriente; la diestra entre las riendas y la mano izquierda apoyada sobre el puño de pedrería de su largo alfange damasquino, envuelto en la blancura de su alquicel, ciñendo el verde turbante, racamado de oro y perlas, de los descendientes del Profeta.

Las celosías se descorren á su paso, y, tras ellas, los ojos arden de deseo, y los labios femeninos florecen en los claveles de las más incitantes sonrisas.

Desde las azoteas, desde los miradores, de todas partes derraman lluvias de esencias y pétalos de flores; arrojan naranjas de color de grana y limones como el oro, pastillas de ámbar y largas cintas de seda multicolores.

Tras él, precedidos de dos heraldos en cuyos petos fulguran bordadas en oro las armas de Granada, veinticuatro pajes, vestidos de púrpura, conducen en grandes azafates de pla-

ta las llaves de las ciudades y de las villas arrancadas al poder de los cristianos. Cincuenta escuderos portan las espadas y los cascos de los alcaides rendidos. Detrás, custodiados por las lanzas de atezados guerreros alpujarreños jinetes en salvajes corceles de desgreñadas crines, van los cautivos con las cabezas curvadas sobre el pecho. Algunos chorrean sangre de las recientes heridas, y son tantos que, ligados por sus cadenas, podrían rodear en doble fila el espacioso recinto de la ciudad.

Tras ellos, centenares de mulas se derrengan bajo el peso de fuertes arcones henchidos de joyas, de vasos sagrados, de diademas de santos, de oro y plata, de todo el magnífico botín obtenido en la gloriosa jornada.

Y, por último, cerrando la marcha, los guerreros etiopes, la caballería berberisca, los peones armados de hondas y de picas, y los esclavos cargados de cascos y de escudos.

Abderramán penetra en la Alhambra. As-

ciende por el amplio camino de la Puerta de la Justicia. Desde los Adarves llueven flores sobre su caballo.

Los guerreros, desparramados á lo largo de los senderos, le saludan, chocando sus armas sobre los escudos. En la ancha plaza de los Aljibes, toda resplandeciente de lanzas, un alarido formidable anuncia su llegada.

La guardia negra del alcázar inclina la cabeza y toca con las alabardas el suelo.

Salta del corcel, que un pajo nubio retiene por las bridas, y seguido de sus escuderos penetra en el palacio.

Las músicas dejan escapar sus más alegres sones.

Atraviesa el patio de la Alberca y sube al Salón de Embajadores.

Un gran silencio expectante domina en la sala, donde los pebeteros y la lluvia tenuísima de esencias que resbala de las altas bóvedas de cedro esmaltadas de plata, oro y azul, atemperan el ambiente y la violencia de los

los colores con que juega la luz en los encajes y en los alicatados.

Abderramán se aproxima al trono, é inclinándose hasta tocar el suelo con las manos, murmura:

—¡Grande y poderoso comendador de los creyentes, la bendición del Señor sea contigo. Las llaves de veinticuatro villas y ciudades tomadas á los cristianos están ante tus pies, y con ellas los alcaides que las gobernaban.

Más de mil mulas jadean bajo el peso del botín, y treinta millares de cautivos se postergan á tus plantas. El más humilde príncipe de tu sangre te entrega estas mercedes que Allah te ha concedido para bien de tu imperio.

El emir se levanta, y atrayéndole sobre su corazón, murmura:

—Pide cuanto desees. Mi magnificencia sabrá recompensarte. Pídeme la más bella de mis hijas, la más rica de mis ciudades, todos los tesoros ocultos que desde Alhamar custodiamos...

—Señor, sólo pido tu venia para volver á guerrear. Mi lealtad no necesita más premio que el de tus brazos.

Un murmullo de aprobación zumba en la sala hormigueante de guerreros.

Todas las manos acarician la empuñadura de los alfanges.

Sólo Leila Hassana permanece inmóvil, con los ojos fijos en las negras pupilas y en el fiero talante del príncipe que, rodeado de guerreros, semeja el bello Arcángel de las Venganzas, ese arcángel exterminador y violento que enciende la cólera de los viejos profetas.

Y no pudiendo resistir la fascinación de aquella figura que adorara en sueños, cae desmayada en brazos de las siervas.

El emir sonríe á Abderramán, mientras su mano imperiosa, de una belleza toda hecha de crueldad y de palidez, acaricia suavemente la fatídica negrura de su barba.

IV

Aquella misma noche, un esclavo nubio cercenó de un golpe de yatagán la heroica cabeza del joven príncipe, y en un suntuoso azafate de plata repujada, fué á ofrecérsela sangrando aún, á Leila Hassana, cual rico presente de su señor, el muy alto y magnánimo emir Muhamed II.

3.0

ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL XV DE DICIEMBRE DEL AÑO MCMXII
EN LA IMPRENTA HELÉNICA,
PASAJE DE LA ALHAMBRA,
NÚMERO 3,
MADRID